Omraam Mikhaël Aïvanhov

El lenguaje de las figuras geométricas

Colección Izvor

EDICIONES PROSVETA

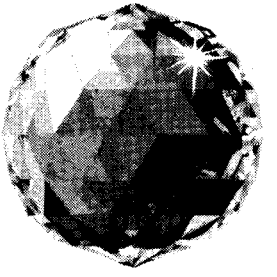
el lenguaje de las figuras geométricas

Traducción del francés
título original : LE LANGAGE
DES FIGURES GÉOMÉTRIQUES

Omraam Mikhaël Aïvanhov

el lenguaje de las figuras geométricas

2ª edición



Colección Izvor
N.° 218

EDICIONES PROSVETA

Del mismo autor :

Traducciones del francés

Colección Izvor

201 – Hacia una civilización solar
202 – El hombre a la conquista de su destino
203 – Una educación que comienza antes del nacimiento
204 – El yoga de la nutrición
205 – La energía sexual o el Dragón alado
206 – Una filosofía de lo Universal
207 – ¿ Qué es un Maestro espiritual ?
208 – El egregor de la Paloma o el reino de la paz
209 – Navidad y Pascua en la tradición iniciática
210 – El árbol de la ciencia del bien y del mal
211 – La libertad, conquista del espíritu
214 – La galvanoplastia espiritual y el futuro de la humanidad
217 – Nueva luz sobre los Evangelios
218 – El lenguaje de las figuras geométricas
219 – Centros y cuerpos sutiles
220 – El zodíaco, clave del hombre y del universo
221 – El trabajo alquímico o la búsqueda de la perfección
222 – La vida psíquica : elementos y estructuras
223 – Creación artística y creación espiritual

© Copyright 1989 reservado a Editions Prosveta S.A. para todos los países, incluida la U.R.S.S. Prohibida cualquier reproducción, adaptación, representación o edición sin la autorización del autor y del editor. Tampoco está permitida la reproducción de copias individuales, audio-visuales o de cualquier otro tipo sin la debida autorización del autor y del editor (Ley del 11 de Marzo 1957, revisada).

Editions Prosveta S.A. – B.P. 12 – 83601 Fréjus Cedex (France)

ISBN 2-85566-424-1
édition originale : ISBN 2-85566-297-4

El lector comprenderá mejor ciertos aspectos de los textos del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov presentados en este volumen, si tiene en cuenta que se trata de una Enseñanza estrictament oral.

I

EL SIMBOLISMO GEOMÉTRICO

Desde la más remota antigüedad, los hombres han buscado un lenguaje a la vez universal y sintético, y sus investigaciones les han llevado a descubrir imágenes, símbolos que expresan, al reducirlos a lo esencial, las realidades más ricas y complejas.

También vosotros podéis hacer esta experiencia. Si meditáis durante mucho, mucho tiempo sobre un tema, notaréis que en vuestro subconsciente o supraconsciente se está cristalizando una forma simbólica, la de un objeto o figura geométrica, que se corresponde absolutamente con la idea, el pensamiento, la verdad que os preocupa. Por lo demás, es así como se explican los sueños. Con una parte de su ser, el hombre está vinculado a todo el cosmos, él vive y vibra con el Alma cósmica, el Alma universal; así pues, está en contacto con el mundo de los arquetipos, de los principios, de las leyes. Si meditáis sobre ciertas verdades que se encuen-

tran muy alto, en el plano causal, se produce un movimiento en las profundidades de vuestro ser y una forma simbólica aparece en vuestra consciencia. La respuesta a cuestiones que os planteéis puede aparecer también bajo la forma de un símbolo que debéis interpretar.

Para comprender cómo es posible este proceso, hay que saber que por su estructura, el ser humano refleja todo el universo. Todo lo que está en el Cielo, en el infierno y aquí en la Tierra se refleja en él. Por lo tanto, en el momento en que un Iniciado comienza a meditar sobre un tema determinado, tiene lugar en ese mismo instante en su fuero interno todo un trabajo de decantación, de cristalización en torno a una línea de fuerza... y finalmente surge en su subconsciente o en su supraconsciente un símbolo que le presenta la condensación, el resumen de su meditación. Es la Naturaleza, que le da la respuesta. Si fuera él quien tuviera que encontrar la correspondencia exacta, nunca llegaría a ello, ¡es tan amplia y múltiple la realidad! La Naturaleza es la única que puede hacerlo, pues para ella es matemático, automático.

Sí, es la Naturaleza la que, después de haber efectuado una selección, una condensación, os presenta el símbolo como para deciros: «Aquí está: el tema sobre el que meditáis, este senti-

miento, este pensamiento, esta inspiración... aquí lo tenéis expresado en esta imagen». Yo, por ejemplo, durante años he buscado en mis meditaciones, en mis contemplaciones, elevarme muy alto a fin de abrazar el mundo con una sola mirada, de descubrir una visión sintética que permita captarlo en su unidad, y la imagen que me ha sido presentada es la del cono, cuya proyección geométrica es un círculo con su punto central. Por esto yo considero a esta figura como símbolo del universo. El punto central es idéntico a la cima en la que todo se halla sostenido y reunido y es desde esta cumbre desde donde podemos ver la unidad de la vida en todas sus manifestaciones.

Es importante apoyarse en los símbolos, porque el símbolo es el lenguaje de la Naturaleza misma. Pero para la mayoría de la gente, este lenguaje es aún indescifrable. Me diréis que habéis leído libros acerca de la interpretación de los sueños... Está bien, pero yo no tengo tal confienza en esos libros, pues a menudo las interpretaciones no se corresponden con la realidad, son puras invenciones. Porque tal persona ha soñado con una serpiente, un precipicio o un toro que la perseguía, y posteriormente le ha sucedido tal accidente, se ha generalizado la significación de estas imágenes. Pero puede ser que, para otras personas, estos sueños no tengan

la misma significación. Es como los medicamentos: si un medicamento ha curado a alguien, se le da a todo el mundo, pero resulta que no todo el mundo se cura. Vosotros diréis: «Entonces, ¿no hay correspondencia absoluta?» Sí, hay una correspondencia absoluta, pero hay también una correspondencia individual. Conviene, pues, conocer la correspondencia general, pero sin olvidar los matices individuales, y es ahí donde aparecen ciertas diferencias.

Las imágenes de los sueños son, pues, un lenguaje, pero el lenguaje de las imágenes tiene todavía, como si dijéramos, algo de carne, de piel y músculos. Los sueños son todavía formas vestidas. Hay que aprender a ver los símbolos en su aspecto «esquelético» y para ello es preciso ir mucho más lejos y más alto, allí donde se encuentran completamente despojados, donde están reducidos a puras abstracciones: las figuras geométricas.

Sucede en los símbolos como en el ser humano. Es un esqueleto, un armazón sobre el que han venido a añadirse la carne, los nervios, las arterias, las venas, la grasa, la piel... Pero cuando muere, se deshace nuevamente, todo se va, no queda más que lo esencial: el esqueleto.

Cuando los Iniciados del pasado trazaban una línea vertical u horizontal, un círculo o un punto y seguidamente los combinaban: una

cruz, un triángulo, un cuadrado, un pentagrama, un hexagrama, o la serpiente que se muerde la cola... introducían en cada una de estas figuras toda una ciencia eterna. El lenguaje simbólico, que es el lenguaje universal, representa la quintaesencia de la sabiduría. Las imágenes pertenecen todavía al plano astral, mientras que los símbolos geométricos pertenecen al plano causal. Si los cristales son considerados como símbolos del plano causal, es porque son la expresión de una geometría pura. Vosotros diréis: «Pero los cristales son minerales, y el reino de los minerales, ¿no es el menos elevado puesto que es el más material?» Sí, pero lo que está abajo es como lo que está arriba, y los cristales reflejan el mundo causal. Así pues, lo que está más bajo, los cristales, los metales, las piedras, reflejan el mundo más elevado, el mundo sublime. Ya os lo he dicho: lo que está abajo es como lo que está arriba, pero invertido.

Y ahora, vayamos más lejos. Al concentraros, al meditar para encontrar la respuesta a un problema que os preocupa, podréis ver aparecer esta respuesta en vuestra consciencia como una imagen o una forma geométrica. Pero lo inverso es también verdad, y a menudo os he mostrado cómo, a partir de un símbolo determinado, es posible volver a encontrar las ideas y las verdades que concretiza. Por eso, el que sabe elevarse

hasta la contemplación de un símbolo en el mundo de los arquetipos, siente que se produce en su alma una multitud de movimientos y de vibraciones que hacen aparecer en su conciencia todo un mundo de ideas y de imágenes que nacen naturalmente alrededor de este símbolo. El símbolo puede ser, pues, un punto de partida que permite volver a encontrar de nuevo el mundo que resume. Es lo que explica que existan en la Ciencia esotérica tantas figuras y pentáculos. Para los Iniciados son medios de retornar hacia esas regiones de las que el símbolo era el resumen, de unirse a ellas y disfrutar de su existencia.

Así pues, de la misma manera que el mundo divino del pensamiento puede cristalizarse en símbolos, asimismo al diluir estos símbolos, es decir, al resucitarlos y vivificarlos dentro del alma, podemos descubrir y extraer todas las riquezas que contienen. Se cuenta que cuando Pitágoras quería probar a aquellos que deseaban llegar a ser sus discípulos, les metía en una habitación, en la que sólo había un pequeño cántaro de agua y un trozo de pan, y les daba un símbolo a descifrar: un triángulo o un círculo, por ejemplo... El sabía que el que conoce los métodos puede elevarse muy alto y ver la correspondencia de un símbolo en el mundo de las Ideas.

¡Cuántas veces os he hablado de la semilla! Tenéis una semilla minúscula, la plantáis, y un día se convierte en un árbol formidable. En el pasado, los sabios, los Iniciados vieron que por todas partes en la Naturaleza, en el alma, en los pensamientos, tenía lugar el mismo proceso de desarrollo y, por consiguiente, ellos también condensaron todo un árbol en una semilla. ¿Qué es esta semilla? Es un símbolo, justamente. El Iniciado lo planta en su cabeza, lo riega a menudo y el árbol comienza a crecer; entonces el Iniciado trabaja y se regocija a la sombra de este árbol, coge los frutos, guarda las semillas, las planta, y todo vuelve a comenzar... El mundo de los símbolos es el de la vida. La vida trabaja con símbolos y se manifiesta a través de ellos; cada objeto es un símbolo que contiene vida. Para comprender la vida hay que trabajar con los símbolos y, a la inversa, para descubrir los símbolos y comprender todo lo que contienen, hay que vivir la verdadera vida.

Preguntaréis: «Pero, ¿para qué sirve un símbolo?» Responderé: «Y, ¿para qué sirve una semilla?» Es imposible transportar un árbol y todo un bosque, pero es posible transportar semillas. Los símbolos son semillas que podéis plantar; así trabajáis con una decena de símbolos y poseéis todas las ciencias. Es imposible llevar consigo a todas partes, todos los libros y

todas las bibliotecas de la Humanidad, pero con algunos símbolos en vuestra cabeza, esto es posible, pues todos los libros están resumidos en algunos símbolos.

El pensamiento, como la Naturaleza, está regido por dos procesos inversos: la condensación y la dilución. Podéis condensar un problema filosófico hasta reducirlo a una frase, a una semilla. E inversamente, podéis desarrollar esta frase, esta semilla hasta abrazar al universo entero, y ¡tenéis un árbol! Ahora, es esencial para vosotros ejercitaros en estos dos campos: condensar, y luego, diluir; cristalizar, sintetizar, y después introducir la vida, hacerla crecer y circular... Son, si queréis, los dos procesos «*solve et coagula*»: diluir y condensar. Si queréis ver las cosas en todo su esplendor, su extensión y la finura de su materia, diluidlas en el infinito hasta no verlas ya, hasta hacerlas desaparecer en la eternidad, y eso es *solve*. Luego, si queréis verlas de nuevo, hacerlas aparecer, condensadlas, y eso es *coagula*.

Es importante profundizar en el lenguaje de los símbolos, pues haciendo aparecer los vínculos, las correspondencias entre las cosas, se revela la profunda unidad de la vida. Pues la vida tiene esto de particular, que todo en ella se halla perfectamente reunido y dispuesto, cada cosa está en su sitio, funcionando en vinculación con

las demás. Cuando el vínculo se corta, es la muerte. Por eso llego a esta conclusión: cuando el hombre se ejercita en encontrar las afinidades y las correspondencias entre las cosas, cuando llega a descubrir que la cohesión del Universo entero se basa, justamente, en estas correspondencias, encuentra la vida. Diréis: «Pero, ¡estaba ya vivo!» No, vosotros confundís la verdadera vida con la vitalidad, con la vida vegetativa. Por supuesto, come, bebe, gesticula, pero la vida tiene sus grados, y el hombre no conoce aún los grados superiores de la vida. Y cuando comienza a comprender las correspondencias lejanas, imperceptibles, sutiles, etéricas, que existen entre cada cosa y cada criatura del Universo, entonces el hombre conoce la verdadera vida y comienza a vivirla.

II

EL CÍRCULO

I

Sin duda, habéis tenido ocasión de lanzar una piedra al agua: a partir del punto en el que ha caído la piedra, se ven ondas que se propagan en círculos concéntricos. ¿Os habéis detenido a interpretar este fenómeno?... Los que saben descifrar el gran Libro de la Naturaleza ven, en esas ondas circulares que se desarrollan a partir de un punto central, un proceso grandioso: toda la Creación del mundo, expresada geométricamente.

Una gran esencia, una vasta filosofía está contenida en esta figura . El círculo es el símbolo del Universo y el punto representa al Ser supremo que le sostiene y anima. Mirad, el centro se encuentra a igual distancia de todos los puntos de la periferia, y por ello mantiene al círculo en equilibrio. Entre el punto central y la periferia se dan intercambios ininterrumpidos, y esos intercambios producen la vida en todo el espacio del círculo. Toda la vida está ahí, y

vibra, palpita, digiere, elimina, respira, piensa...

Tomemos la imagen de la rueda. Diréis que habéis visto muchas ruedas; sí, lo sé, pero no son más que pálidos reflejos de la Primera Rueda que ha puesto al mundo en movimiento y a la que la Cábala llama Hokmah, la Rueda Celeste. Toda la jerarquía angélica de los Ophanim, los Querubines, está ahí para hacer girar la Rueda, y Binah, a semejanza de Hokmah, hace girar la rueda del Destino de todas la criaturas.

En el juego del Tarot, la rueda está representada por la décima carta. La décima carta del Tarot es una rueda que gira. Por lo demás, si se interpreta el número 10, constatamos que el cero es el círculo, y el uno el punto central. Sí, el uno es un punto, porque la proyección de una línea vertical sobre un plano horizontal da un punto. Así pues, aquí tenemos al principio masculino, el uno, el punto central, y el cero es el principio femenino, el círculo. Y cuando el uno y el cero se reúnen, es la plenitud. Sin el uno, que es el principio masculino o el espíritu, la materia, el cero, no está organizada. Ella posee todas las riquezas, pero es el uno quien la organiza. El cero no debe estar nunca solo, porque entonces seguirá siendo una materia inorganizada, un caos.

Está dicho en el Génesis: «Y el Espíritu de Dios se movía por encima de las aguas». El

Espíritu de Dios es el principio masculino que fecunda la materia, «el agua», para vivificarla y darle una forma. El agua es el cero, el círculo; y el Espíritu de Dios es el uno, el centro. Sin el espíritu que la anima, la materia permanece informe: *«tohu va vohu»*: informe y vacía, como dice el Génesis; pero cuando es penetrada, animada, trabajada por el Espíritu, todas las posibilidades que contiene comienzan a manifestarse y llega a ser un mundo organizado, un universo poblado de soles y de constelaciones. El universo es pues el 0, el círculo que ha sido ya trabajado, animado y organizado por el Espíritu, el 1. Pero el 0 sin el 1, permanece ahí inerte, estancado.

Se puede comprender también esta Ley en la vida interna. Lo peor que le puede suceder a un ser humano es separarse del 1, del Espíritu, para no ser más que un 0. Pues en aquel momento se convierte en un desierto, una tierra árida, como una mujer que no es fertilizada. Para llegar a ser fértiles debéis uniros siempre al 1. Evidentemente sois siempre 0, pero exactamente como el Universo entero: el 0 que el Espíritu, el 1, no cesa de animar.

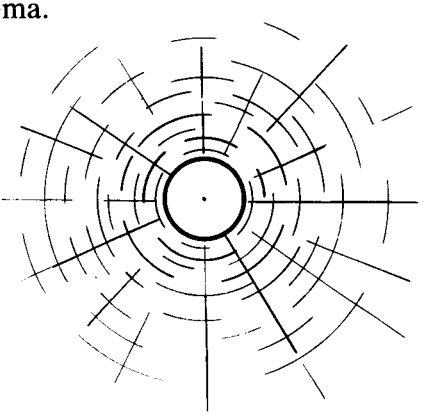
El centro se limita siempre a un punto, mientras que el círculo puede tener una circunferencia infinita. Sí, porque la materia absorbe, engulle las cosas para transformarlas, para moldear-

las. Y lo mismo hace la mujer: acumula, reúne ciertos materiales y da a luz a un niño; reúne otros materiales y confecciona un plato... La materia es terrible, atrae y engulle todo. Los que no saben resistir esta atracción son tragados, y después, en alguna parte, preparan buenos platos con ellos. Para no sufrir esta suerte, hay que permanecer unido al Espíritu.

Al contrario que la materia, el Espíritu, por su parte, irradia, proyecta. En lugar de atesorar y de guardar, da. Por esta razón es representado mediante un punto, y el círculo es grande porque toma lo que el punto da. La materia es rica porque toma las riquezas del Espíritu. Todo lo que el Espíritu posee pasa por la materia, la cual es transformada, espiritualizada. Diréis: «Pero entonces, ¡el espíritu pierde todo!». No, pues vive en la materia que ha recibido su riqueza, por lo tanto nada ha perdido. Y esta ley es la misma para todos los seres que saben verdaderamente dar. El que da es quien saca provecho, pues vive en lo sucesivo en todos aquellos que se han beneficiado de sus dones. Su espíritu está en ellos. Por esta razón todos aquellos que imaginan haberse aprovechado de alguien son en realidad habitados por el que les ha dado, es él quien se manifiesta a través de ellos.

El punto irradia, su movimiento es rectilíneo, y es el movimiento de la electricidad, del

principio masculino (el intelecto, el espíritu). Por el contrario, el movimiento del magnetismo, del principio femenino (el corazón, el alma), es circular. Los radios rechazan y dan, el círculo atrae y toma.



Para guardar el equilibrio, ambos son necesarios: es preciso, pues, ser un círculo con un punto central. El alma, el corazón están representados por el círculo. El espíritu, el intelecto están representados por el radio que sale del punto central. El punto y el círculo son también, por consiguiente, el amor y la sabiduría. El que no tiene más que el amor no ha encontrado todavía el punto: está disperso por todas partes. El que tiene únicamente la sabiduría es un punto sin círculo alrededor de él; es orgulloso, está solo, es como un jefe sin soldados, sin ejércitos a quienes mandar.

Los astrólogos han representado al Sol mediante un círculo con un punto central, y se puede observar que esta figura ⊙ se encuentra por todas partes en la Naturaleza, desde el sistema solar hasta el átomo.

Estudiemos la célula: está formada de un núcleo, de una substancia que rodea al núcleo llamada citoplasma, y de una membrana periférica. Se puede decir que el núcleo es el espíritu; el citoplasma, el espacio por donde circulan corrientes, energías, es el alma; y la membrana es el cuerpo físico, la corteza. Mirad la estructura de un ojo, de un fruto o de un árbol, volveréis a encontrar estas tres divisiones: el espíritu, el alma y el cuerpo.

Entre el punto central y la circunferencia se extiende un espacio, y dentro de ese espacio, que es limitado, circula la vida. La existencia de este límite es muy importante. Se ha dicho que antes de crear el mundo el Eterno trazó sus límites. ¿Por qué? Para que las fuerzas se concentren en el interior de estos límites donde Dios comenzó el trabajo de la creación. El universo no es infinito, tiene límites. Solamente el Absoluto es ilimitado y no se sabe lo que El es. Pero el universo tiene límites, desde el momento en que Dios se manifestó a través de la creación El se limitó, y el universo que El ha creado está limitado en el tiempo y en el espacio. Incluso si hay varios uni-

versos, cada uno está encerrado dentro de límites donde la vida se manifiesta. Un universo que perdiera sus límites volvería a entrar de nuevo en el Eterno, y todo desaparecería...

Así pues un límite es necesario para que los materiales y las energías no se escapen y puedan entrar en la construcción y organización de un ser vivo. Mirad el huevo: si no está limitado por una cáscara, toda la vida se pierde y allí no habrá jamás un polluelo. Una protección es, por consiguiente, necesaria. Para el huevo es la cáscara; para el árbol es la corteza; para el hombre es el cuerpo físico: el cuerpo físico sirve de envoltura al alma y al espíritu. Si los materialistas tuvieran el verdadero don de la observación y de la analogía, habrían visto que todo el universo prueba la existencia del alma y del espíritu. Pero como no han observado bien, no han visto más que el cuerpo y niegan el alma y el espíritu. Se han parado en la corteza, en lo que es visible, y piensan que todo está ahí. Pero el alma y el espíritu ¿dónde están? Tomad a un hombre: está vivo, piensa, escribe, habla, ama, crea, destruye... pero un buen día todo se para, ya no hace nada. ¿Qué ha pasado? No le falta nada de todo lo que poseía cuando estaba vivo, como miembros y órganos, y sin embargo está muerto, ya no se mueve. El estaba, pues, animado por algo invisible que era la causa de todos sus movi-

mientos, de todos sus pensamientos, de todas sus acciones: el centro, justamente.

Meditad a menudo sobre este símbolo del círculo, pues contiene todo. ¿Qué es el centro? Es el espíritu, el espíritu de Dios. Y, ¿qué es el círculo? Es el espacio, la materia, la Madre Divina. Estudiad el círculo y comprenderéis todo el misterio de las relaciones del espíritu y de la materia. Vosotros conocéis esa definición que se ha dado de Dios: «Una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna». Esto prueba que en un círculo, sólo el punto central existe realmente: el Señor que vivifica al círculo, al universo.

Los Iniciados, que han comprendido el poder de este símbolo ⊙, no buscan más que introducir este punto, el espíritu, en sí mismos. Y todos nosotros también somos círculos que debemos atraer a este punto central, al Espíritu Santo. Mientras que seamos un círculo sin punto, viviremos en el vacío y en la insatisfacción; pero el día en el que este punto, el Espíritu, venga a instalarse en nosotros, a animarnos, a iluminarnos, ese día estaremos en la plenitud.

El hueso, la semilla es la parte esencial del fruto. Desde luego, para quienes lo coméis, lo esencial es la carne. Pero, en realidad, es la semilla, pues gracias a ella podéis tener millares de hectáreas de árboles frutales. Para la Natura-

leza, lo esencial es la semilla; la Naturaleza no se ocupa más que de la semilla, del hueso. Si ella ha puesto un poco de carne alrededor, es para atraer a los pájaros y a los hombres, quienes se encargarán de plantarlos. En la medida en que la carne cuente para nosotros, no comeremos más que mentiras, ilusiones. La realidad está en la semilla, en el punto.

La semilla o el hueso representa al Espíritu; la carne representa al alma, al espacio por donde circula la vida; y la piel, la envoltura material, al cuerpo físico. Entonces aquí lo tenemos: el Espíritu, el alma y el cuerpo... el cuerpo que protege, que retiene al alma y al Espíritu. Nosotros estamos hechos siguiendo el mismo modelo que el fruto, y como la semilla para el fruto, es nuestro espíritu el que tiene que desempeñar el papel esencial. Desgraciadamente, la mayoría de los humanos aprecian del fruto sólo la piel, es decir, el cuerpo físico. No podemos negar su importancia, pero únicamente como el frasco que impide que el perfume se evapore: retiene al alma y al espíritu. El hombre verdadero no es el cuerpo, sino ese punto imperceptible que está ahí, en alguna parte, dentro, que piensa, que ama, que crea. La prueba de que para la Inteligencia Cósmica el cuerpo físico no es lo esencial es que Ella lo deja morir y enterrar. Al espíritu, que es inmortal, Ella lo conduce hacia las regio-

nes celestes, mientras que deja que se pudra la carcasa allá abajo, en el cementerio. Aquí hay materia para reflexionar y meditar toda la vida a fin de descubrir lo que es este núcleo, este punto, este espíritu.

Los Iniciados siempre han enseñado la importancia de un centro al que el hombre debe unirse, pues saben que si no existe un punto central alrededor del cual giren las partículas, los átomos y los mundos, todo se disloca: es el caos, la anarquía universal. Sí, la condición más importante para la armonía, para el equilibrio, para la vida, es la existencia de un centro, de un punto alrededor del cual las partículas deben gravitar. Mirad lo que pasa en una familia cuando el padre ha partido, o bien en un país o en un ejército cuando el jefe está ausente. Vosotros, los franceses, decís: «Cuando el gato no está ¡los ratones bailan!»... El hombre posee de modo natural en él estas grandes verdades. Instintivamente sabe que las cosas deben ser aquí abajo, en la Tierra, exactamente como son allá arriba, en el mundo divino.

El sistema solar posee un centro, el Sol, que mantiene en equilibrio y hace girar a todos los planetas dentro de la mayor armonía. Cuando una familia, una sociedad, una nación no está unificada por la presencia de un centro, se descompone. Cuando el cuerpo físico de un hombre

ha perdido su punto central, se descompone también porque el punto que mantenía en él el orden y la organización se ha ido: sus células, no teniendo ya jefe, se separan y vuelven a los depósitos del cosmos para construir nuevos cuerpos.

En una familia, el centro es el padre; en un país es el rey; en un ejército es el general en jefe; en el sistema solar es el sol; en el huevo es la yema; en el ojo es la pupila; en el ser humano es el espíritu... Siempre debe haber un centro, una cabeza, no dos, ni tres. Allí donde hay varias cabezas, es la anarquía la que se manifiesta. En el Apocalipsis la Bestia es representada con siete cabezas, y también en la mitología griega la hidra de Lerna tenía siete cabezas. Estas múltiples cabezas son el símbolo de la anarquía. Si hasta ahora la humanidad ha vivido siempre en la anarquía, es porque está gobernada por varias cabezas. La situación no podrá mejorar hasta que los hombres acepten someterse a una sola cabeza, tal como se dice en los Evangelios: «No habrá más que un solo rebaño y un solo Pastor». Sí, cuando haya un solo círculo alrededor de un solo centro, otras fuerzas, benéficas, se manifestarán.

Para que reinen el orden y la armonía hace falta una cabeza, un centro, una cima alrededor

de la cual todo pueda girar. Pues es este punto el que concentra todas las fuerzas de la unidad. El gran Centro del Universo, que es Dios, se refleja en todos los planos, en todas las regiones y todos los que Le representan están unidos entre sí como por un hilo central.

En un collar de perlas, todas las perlas, tanto pequeñas como grandes, están unidas entre sí por un hilo central. Es así como el gran Centro del Universo, Dios, que es la Fuente Primordial, que es la Causa Primera, que es el Espíritu y el Alma de todo lo que está vivo, se refleja en las menores cosas para vincularlas, para que por todas partes se instalen el orden y la armonía. Todos los demás centros deben, por lo tanto, estar unidos a El. Aquellos centros que no están unidos a este Gran Centro no pueden recibir esta corriente de vida; por eso se debilitan poco a poco y terminan por desaparecer. Si todos aquellos que en la vida colectiva representan un centro (el padre de familia, el profesor, el alcalde de un municipio, el presidente de la República, el rey, el jefe de una comunidad espiritual, etc...) no tienen consciencia de este vínculo, sólo aparentan ser representantes de Dios.

Cada cabeza, cada centro en el mundo debe ser consciente de lo que representa y si cumple su función de representante de Dios en la región y extensión de que dispone, está verdaderamente

unido a la primera Cabeza y recibe fuerzas y virtudes que puede luego distribuir a los demás. Pero todo está en la consciencia, todo está en la comprensión. Los que cumplen sus funciones de manera mecánica, automática (como existen muchos), no reciben nada, aunque estén muy bien situados.

Tomemos el ejemplo de un alcalde. Es a él a quien se envían las informaciones, las órdenes, los honores, porque es el centro. Sí, pero si está distraído, si ha sido a divertirse a alguna parte, todo se acumula durante su ausencia, y como a su vuelta no sabe lo que debe hacer, entonces comienzan las complicaciones.

Y en vosotros, que sois el centro de este círculo que es vuestro cuerpo y vuestro ser todo entero, cuando sois conscientes, y estáis iluminados y unidos al gran Centro de lo alto, se produce el mismo fenómeno para todos los demás pequeños círculos que son vuestras células. En este momento, tocáis los núcleos de todas vuestras células porque estos núcleos están unidos a vosotros: ellos reciben órdenes, reciben la influencia de vuestra luz y comienzan a restablecer la armonía en las células. He ahí cómo el organismo se purifica, se cura, se refuerza y se ilumina gracias a este centro, gracias a este punto: el espíritu del hombre que es consciente.

En tanto que las células de nuestro cuerpo

convergen hacia el espíritu, todo funciona en perfecta armonía. Pero cuando algunas se vuelven anárquicas y dicen: «¡Oh, la cabeza!, las leyes, ¡puf! ¡A mí qué me importa!», forman tumores, cánceres. Nosotros debemos convencer a nuestras células para que obedezcan a la unidad, pues en aquel momento prolongamos nuestra vida. Evidentemente, os expongo principios, reglas generales. Desde luego, hay acontecimientos en la existencia de los humanos que parecen contradecir un poco lo que os he dicho, pero son detalles particulares en su evolución. En lo que respecta a los principios, todo es realmente como lo explico.

La cabeza de una familia, la cabeza de una sociedad, la cabeza de un país, la cabeza del sistema solar, la cabeza del universo, todas estas cabezas representan, pues, al Señor: son representantes, en diferentes grados, del único principio divino. Un padre le representa, un jefe le representa, un maestro le representa... Si separáis de Dios una de estas cabezas no obtendréis de ello ningún beneficio. Si no consideráis a vuestro padre como el representante de Dios en vuestra familia, él no puede aportaros nada porque no lo vinculáis al principio divino. Lo esencial es establecer un vínculo entre cada cosa, cada ser y Dios. Si tenéis un Maestro y no lo

consideráis como un aspecto del principio divino, no puede hacer nada por vosotros, aunque tenga todos lo poderes. Tendrá poderes para los demás, pero no para vosotros: si os habéis cerrado a él, lo que os envíe será rechazado, desviado, roto. Cuando habéis cerrado las contraventanas, ¿puede entrar el sol? No. Es todopoderoso, hace que se muevan los planetas, pero ¡no puede abrir vuestros postigos! Y el Señor tampoco; El es muy poderoso, pero no puede abrir en vuestro lugar los postigos de vuestro corazón. Está en vosotros el abrirlos. Mitad y mitad: abriréis vuestro corazón y El entrará.

Este vínculo con el principio divino es esencial también en el ámbito del amor. Cuando un hombre y una mujer quieren manifestar el verdadero amor y conocer la verdadera felicidad, la liberación, deben siempre considerarse mutuamente como representantes del Padre Celestial y de la Madre Divina. Si no, cuando el hombre abrace a su amada, abrazará también sus debilidades, sus limitaciones, no alcanzará algo superior en ella, más grande que ella, más puro, y su amor perecerá. Hace falta, pues, otra comprensión: que el hombre considere a su amada como la representante de la Madre Divina, y ella a su amado como un aspecto del Padre Celestial, del Cristo. Por esta manera de considerarse, se unen ya a algo superior, y entonces cada uno de ellos

se convierte en algo más que el amado o la amada, y cada uno tiene en su alma, en su corazón, en sus brazos, algo de la inmensidad. De esta inmensidad fluyen rayos, corrientes de una naturaleza más sutil, y los ángeles, los devas, los espíritus luminosos de la Naturaleza vienen a aportar sus fuerzas y su alegría a estos dos seres que se están expresando en el más bello lenguaje de la creación, el lenguaje del amor, del amor ilimitado.

Cuando contempléis el sol cada mañana, pensad que contempláis el punto central, el Espíritu, el ojo de Dios; es por lo que debéis hacerlo conscientemente, con amor, con el deseo de encontrar el centro, vuestro centro. Tomad consciencia de que por el solo hecho de mirar al sol, os aproximáis al centro del sistema solar, y que así se produce el mismo fenómeno en vosotros: vuestra consciencia se aproxima a vuestro propio centro, a vuestro espíritu, a Dios, y encontráis la luz, la paz, la libertad, la fuerza.

Y ahí puedo todavía mostraros cómo interpretar este símbolo ⊙. El sol permanece en el centro del sistema solar. Si desapareciera de este lugar, todos los planetas se pondrían a errar desordenadamente por el espacio. A veces un planeta invita al Sol porque quiere tenerlo exclusivamente para él, y le dice «Mi querido

Sol, te amo mucho, ven a mi lado». Pero el Sol responde: «No, no, no puedo ir, debo permanecer en el centro, si no todo el sistema solar se dislocaría. No te olvidaré, te daré mi tiempo, mis rayos, te fertilizaré, te vivificaré, te iluminaré, pero déjame permanecer en el centro». Los planetas deben saber que el Sol no puede abandonar su lugar.

Cuando hablo del Sol y de los planetas es evidentemente simbólico: puedo hablar también de un rey y de sus súbditos, de un profesor y de sus alumnos, de un Maestro y de sus discípulos, de Dios y de todos los hombres. No pidáis nunca al punto central que se desplace para perteneceros. Es preciso que permanezca en el centro, porque es desde allí desde donde mantiene el orden, es desde allí desde donde equilibra y nutre a todas las criaturas. Emite rayos hacia la periferia, y sus rayos son tan intensos que visitan las grutas, los abismos: no existe nada que no hayan penetrado.

El día en el que sepáis mirar al Sol conscientemente, veréis lo que se producirá: entre él y vosotros comenzarán a circular ondas que crearán formas, colores, un mundo nuevo. En este momento, atraeréis fuerzas, criaturas inteligentes que vendrán a danzar, a bañarse en esta belleza, en este diálogo, en esta conversación entre el Sol y vosotros. Por el momento no habéis

entrado todavía en contacto con el Sol; está ahí, pero no hay ninguna relación entre vosotros y él. Os contentáis con mirarlo, con constatar que está un poco más brillante o un poco más velado que la víspera, pero no es así como se entra en relación con el Sol. Para entrar en relación con él es preciso que se tejan verdaderos lazos vivientes entre él y vosotros.

¿Qué se hace cuando se ha encendido el fuego? Se le mantiene, se le echa leña o se le da algún otro combustible para que no se apague. Ved que esto lo hacéis vosotros mismos todos los días, pero sin duda no lo habéis interpretado. Cuando alimentáis el fuego, demostráis que lo amáis. Le dais comida para que continúe viviendo. Si no le dais nada, es que no lo amáis y se apaga.

Si hacemos ahora una analogía entre el fuego y el Sol, podemos decir que son los planetas quienes mantienen el fuego del Sol. Haciendo el sacrificio de girar en torno a él, le dan algo de sí mismos, y a cambio el Sol les da su luz y su calor, que no son más que una transformación de su sacrificio. También vosotros podéis dar al fuego algo de vosotros mismos: vuestras viejas ramas, es decir, vuestros viejos instintos, vuestras estupideces, vuestros caprichos... todo lo que es inútil, ¡hala, al fuego! El fuego es capaz de transformar todo en calor y en luz. Y sois

vosotros quienes salís beneficiados de ello. Si no, ¿qué podéis hacer con esas viejas ramas? No pueden ni calentaros, ni iluminaros porque no sois capaces de transformarlas. ¡Echadlas al fuego!... En una Enseñanza espiritual, el fuego es también el Maestro. Como el fuego, el Maestro es capaz de transformar todo lo que es viejo y oscuro en sus discípulos para devolvérselo en forma de luz y de calor.

Girando en torno al Sol, los planetas le dicen: «Querido Sol, tenemos todo, salvo la luz y el calor; estamos apagados, fríos, somos feos. Transfórmanos...» Y el Sol les envía su luz y su calor. He ahí un ejemplo más de las relaciones que existen entre los dos principios masculino y femenino. Sólo el uno es masculino; todo lo que es plural es feminino. Y como el Sol en el sistema solar, en una Enseñanza espiritual sólo el Maestro es masculino; todos los demás, los hombres y las mujeres, son femeninos, están polarizados negativamente, es decir, son receptivos. En ese momento, hay intercambios entre el punto central y la periferia. La periferia envía su amor hacia el centro, y el centro envía hacia la periferia la luz, el calor y la vida. Y si las partículas de la periferia se cierran, son avaras y no quieren dar nada, no recibirán tampoco nada. Es en el intercambio donde todo crece, florece, se vivifica. Y para hacer un intercambio, no es necesario

aproximarse físicamente. El Sol no se acerca a los planetas para abrazarlos; los ilumina de lejos y todos ellos son fertilizados. No me comprendáis mal, aquí os expongo un principio, una ley del mundo espiritual.

Tanto si pensáis en el fuego, como si pensáis en el Sol, en Dios, en el espíritu, en el amor, siempre se trata del mismo principio. El fuego, es el amor de Dios; y el amor es un fuego, un fuego divino. Así pues, si queréis alimentar vuestro fuego, es decir, vuestro espíritu, vuestra alma, es preciso que el cuerpo físico haga sacrificios.

Debéis tomar consciencia de esta comunicación constante que existe entre la periferia y el centro; es la ley del eco. Enviáis al banco central, al fuego universal una cierta suma o, si queréis, una rama, un tronco, y el banco os da recibos, cuanto más tiempo pase, más elevados son los intereses que recibís sobre esta suma. La gente que se considera razonable y prudente, que quiere guardar su corazón y su alma, permanecerá siempre pobre. No quiere enviar un poco de amor hacia el centro, no le otorga ni siquiera una mirada; por eso no recibirá nunca nada.

En lo sucesivo pensad en alimentar al fuego central, echadle cada día algunas ramas... Cuanto más le alimentéis más recibiréis de él la luz y el calor.

II

Para explicaros la importancia del símbolo del círculo, puedo partir de un ejemplo muy sencillo, incluso divertido: «el plato de manteca». ¿Sabéis lo que es?... ¿no? Bueno, os lo voy a contar. Hace algunos años, en París – antes de la guerra, en 1938, yo acababa de llegar de Bulgaria – se había instalado en la Puerta Maillot un parque de atracciones que se llamaba Luna Park. Mucha gente iba allí a bailar, a tirar al blanco, a subirse a las alfombras móviles, a los columpios y a divertirse con toda clase de cosas. Había, por ejemplo, un juego que consistía en tirar a un punto sobre una pared: cuando se tocaba este punto, una cama en la que estaba acostada una mujer, bonita o fea, no me acuerdo, se volcaba, y la mujer caía al suelo para asombro de los mirones. Entonces ella tenía que volver a levantarse, levantar de nuevo la cama para acostarse, y aquello volvía a comenzar... Había también el Palacio de la Risa con pasillos,

en los que corrientes de aire muy fuertes hacían volar las faldas, y columpios que se paraban justo en el momento en el que la gente que se encontraba encima tenía la cabeza abajo y las piernas arriba. Yo fui a ver todo aquello de pasada: quería saber en qué se divierte la gente, y verdaderamente me quedé maravillado del genio inventivo de los franceses: ¡jamás en Bulgaria había visto nada semejante!

Luego había ese famoso plato de manteca del que quiero hablaros. Era una plataforma redonda, de madera, bastante amplia para que cupiesen varias personas. La gente montaba allí y comenzaba a girar, al principio lentamente... pero poco a poco, el movimiento se aceleraba, y entonces se asistía a un espectáculo muy extraño: los que se encontraban en la periferia perdían el equilibrio, eran proyectados hacia afuera y caían unos encima de otros (y, evidentemente, todo el mundo se reía), mientras que los que se encontraban en el centro no resultaban afectados, permanecían tranquilamente de pie en su sitio, inmóviles y sonrientes. Así pues, ya lo veis, la fuerza centrífuga era tan poderosa que los que se encontraban en la periferia no podían mantenerse, resistir o agarrarse, y eran proyectados hacia afuera. Mientras que los que se encontraban en el centro escapaban a esta fuerza, guardando su equilibrio y su estabilidad. Yo me

he parado a reflexionar en este fenómeno, pues esconde leyes formidables, y he encontrado que el ser humano es semejante a un plato de manteca: ciertas regiones psíquicas representan la periferia de su ser, otras el centro, y su consciencia es semejante a la gente que sube a la plataforma. Si vuestra consciencia se encuentra en la periferia de vosotros mismos, sabed que hay allí tales fuerzas desencadenadas que os van a proyectar contra las paredes y os romperéis la cabeza. Todos los que buscan aventuras en la periferia de la vida para mejorar sus asuntos, traficar y divertirse, se exponen a grandes peligros pues se convierten en presa fácil de fuerzas a las que es imposible resistir. Para estar en paz, sereno, hay que encontrar un lugar bien abrigado. Y, ¿cuál es este lugar? Justamente el centro del círculo. En la periferia no se está nunca al abrigo, pues allí no encontramos más que agitación y pasiones desencadenadas; el que se pierde allí resulta atrapado, atacado por fuerzas impetuosas, y tarde o temprano es despedido y se desintegra en pedazos.

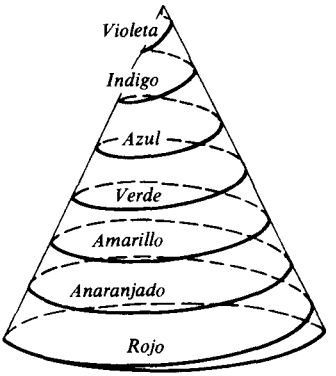
Cuando un Iniciado quiere celebrar una ceremonia mágica debe entrar en armonía con todas las fuerzas del cosmos para estar protegido; traza entonces un círculo alrededor suyo: él está, pues, en el medio y es él quien representa el centro. Mediante este acto dice a todo el universo:

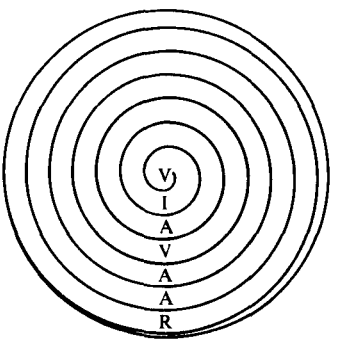
«Yo soy el ser que comprende. Yo soy el ser que no reconoce más que la supremacía, el dominio, y la realeza del Unico Dios Verdadero, del Principio Eterno que gobierna al Universo». En aquel momento todos los espíritus de la Naturaleza se someten a él. Pero si no actúa de este modo, los espíritus se precipitan para combatirle y puede ser fulminado.

Los Iniciados que observaban la Naturaleza nos han dado reglas, métodos como la meditación, el recogimiento, la plegaria; pues meditar, recogerse, orar, son esfuerzos para entrar en sí mismo, para buscar el centro, ese punto invulnerable donde reina la paz... o bien este «elevado retiro» del que habla el Salmo 91. Sí, pues en la vida interior el centro es idéntico a la cima; por lo demás, desde el punto de vista geométrico, ya lo hemos visto, el centro del círculo puede ser considerado como la proyección del vértice de un cono.

Estudiemos esta cuestión sirviéndonos de los colores: cada color del prisma corresponde a una onda de frecuencia tanto más elevada cuanto más se aproxima al violeta. Las longitudes de onda de las vibraciones luminosas forman, así, una secuencia continua que va de las más grandes (rojo) a las más pequeñas (violeta) y, como la luz posee una simetría de revolución en torno a la dirección de propagación, la cadena que for-

ma la sucesión de estas vibraciones es una espiral cónica.





El vértice del cono, que representa el centro del círculo, corresponde a las vibraciones de corta longitud de onda, por consiguiente a las de

frecuencia más elevada. Es en este punto donde se encuentra la paz espiritual, que no es una paz inmóvil, estancada, sino un estado de vibración intenso en cuyo seno se realizan las actividades más sublimes. Es en esta paz donde el espíritu puede manifestarse plenamente.

Desde la cima de una montaña ya no hay obstáculo para la visión; cuando se está en la cumbre se ve todo el contorno, se está, por lo tanto, más lúcido, se sabe lo que puede suceder. Luego, frente al espacio que se descubre ante sí, se siente uno sosegado, se puede respirar. En fin, se es libre, se tiene la posibilidad de actuar como se desea, se vuelve uno poderoso. Así pues, el que hace esfuerzos para aproximarse al punto central posee la claridad, la paz y la libertad. Ya veis, ¡cuántas cosas se pueden decir sobre el centro del círculo!

Para acercarnos al centro, a las regiones divinas, debemos sintonizarnos con las ondas de frecuencia más elevadas, es decir, aumentar la intensidad de nuestro pensamiento, de nuestros sentimientos. Cuanto más intensa, sutil, espiritual se vuelve la vida, más se eleva el hombre hacia la cima... y más se acerca a las regiones celestes y a los habitantes de estas regiones, hasta el Creador. Pero cuando se entibia, cuando ya no tiene esta fe, este ardor, este entusiasmo, se deja caer en la materia, se vuelve pesado, lento,

grosero, su belleza desaparece, su pensamiento se fija, y ya no es más que una piedra. Todos los que quieren encontrar este centro, el corazón del universo, el Creador, la Fuente Primordial, deben aumentar la intensidad de su vida.

En lo sucesivo, hagáis lo que hagáis, pensad siempre en haceros esta pregunta: ¿Qué pido? ¿Qué busco? ¿Me dirijo hacia la periferia de mi ser o hacia el centro?» Y cuando sintáis ciertos transtornos internos, está claro: habéis ido demasiado lejos hacia la periferia y habéis caído bajo la influencia de corrientes caóticas. Entonces daos prisa en alejaros. Pues es inútil tratar de luchar contra estas corrientes, no podéis vencerlas; mientras permanezcáis ahí estaréis hundidos, desarraigados, pues nadie jamás ha llegado a vencer estas fuerzas. Sólo consigue uno liberarse alejándose para acercarse al centro. No penséis nunca que en la periferia podréis aguantar el golpe; es mi deber disuadiros al respecto. Ya se ha visto con gentes mucho más fuertes que vosotros: se han dejado arrastrar hacia la periferia y han sido aplastados. No podéis resistir más que desplazándoos para acercaros al centro, y el centro es Dios.

Os pondré un ejemplo muy simple. Imaginad que tenéis necesidad de una sirvienta o una cocinera. Ella llega y le confiáis vuestra casa. Si es

una mujer ordenada, concienzuda, limpia, todo estará pulcro, todo brillará. Pero si es desordenada, sucia o incluso ladrona, como las hay, os dais cuenta de que vuestra casa se ha convertido en una Babel, e incluso de que muchos objetos han desaparecido. Todas las criaturas: seres humanos, animales, plantas, piedras, dejan huellas que corresponden exactamente a su naturaleza o a su carácter. Si metéis en alguna parte un zorro o un lobo, éste deja huellas de su paso, al menos un determinado olor... Todos los seres, buenos y malos, dejan huellas. Del mismo modo, si introducís al punto central, Dios, en vuestra vida interior, El dejará huellas. Si os unís al punto central, a su presencia únicamente, a su existencia, El deja algo que es exactamente de la misma naturaleza que El, es decir, luz, inteligencia, bondad, armonía, belleza. Sólo hay que dejarle entrar. Una vez que ha entrado, El sabe cómo hay que actuar. Por eso los Iniciados dicen: «Pensad en el Señor, dejadle entrar en vosotros para que El llene vuestra vida», pues sólo la presencia divina es capaz de remediar todo; ella cura, purifica, da la vida, armoniza y resucita.

Puedo daros otros ejemplos. Cuando los soldados se encuentran solos en el cuartel, están despreocupados, gastan bromas, fuman... Pero he aquí que viene el general a hacer una visita, y

todos desfilan con un uniforme impecable marchando al paso. O bien mirad a los niños cuando el profesor no está: gritan, riñen, se lanzan todo tipo de cosas en medio de la clase. Pero cuando el profesor llega, inmediatamente cada uno vuelve a su sitio: se acabó el desorden, se acabó el ruido. Sin embargo, el profesor no ha dicho nada, no ha amenazado, pero su presencia fue suficiente y todo ha vuelto al orden. De la misma manera, cuando se introduce en sí la presencia de este centro que es Dios, interiormente cada cosa reencuentra su sitio y en eso consiste la armonía, la paz, pues sólo este centro es reconocido por todas las criaturas. Cuando aparece cualquier otro, nadie le presta atención, nadie se mueve. Pero cuando Dios, el Dueño del Universo, aparece en alguna parte, su sola presencia, su aliento... hace que los demonios estén ahí, en su puesto, para servirle. Sólo Dios es conocido por todas las criaturas. Por eso hay que apelar a El, no a los demás. Todas las criaturas Le conocen y, buenas o malas, le obedecen. Ved qué importante es buscar al Señor, suplicarle que entre, pues su sola presencia vuelve a ordenar a cada cosa y a cada ser. Esta verdad está por encima de todas las verdades.

Cada día, varias veces al día, debéis pensar en este centro, pues no llegaréis a salir de la perferia si sólo pensáis en ello algunos minutos de

vez en cuando. Ejercitaos tanto como sea preciso, porque debéis encontrar este punto central. Si llegáis a comprender su importancia y su valor, cada vez que cerrando los ojos penséis en este centro divino que está en vosotros, sentiréis que os invaden la paz, la alegría, el asombro y la gratitud.

Ocupaos únicamente del centro, y sabréis todo lo que está en la periferia. Tendréis una visión exacta del mundo. No tendréis ya necesidad de leer a tal o cual filósofo que ha construido todo un sistema a partir del rinconcito de periferia donde se encontraba. Cada cual ve sólo migajas y trozos y quiere enseñar a los demás con estas migajas y estos trozos. Uno dice: «El mundo es así y asá», y desde su punto de vista, seguramente tiene razón. Otro dice: «Pero no, yo pienso que...» Y desde su punto de vista, también tiene razón. Todos tienen un poco de razón, pero ninguna tiene una comprensión que abarque la totalidad, porque la suya no es más que una comprensión intelectual. El intelecto no da al hombre la posibilidad de comprender y de captar todo. Por eso los Iniciados han buscado otros métodos de conocimiento como la intuición, la clarividencia directa. Pero no se puede tener la intuición y la clarividencia más que situándose en el centro, en la cima. Desde la periferia no sólo no se domina la situación, sino

que la visión está obscurecida por el polvo de los caminos y las brumas de los pantanos. Mientras que sobre las altas cimas del espíritu, no hay ni polvo ni niebla.

Sólo con sus facultades intelectuales, el hombre no puede franquear ciertos límites. Debe, pues, sobrepasar el plano mental para elevarse hasta el plano causal donde recibe la intuición, la penetración instantánea de las cosas, y en ese momento ve, comprende todo de golpe, pues todo le es mostrado. No contéis, pues, demasiado con vuestro intelecto, con sus razonamientos, sus combinaciones, sus inducciones, sus deducciones, sino con la meditación, con la oración, con la concentración, intentad siempre subir hasta la cima, y de un solo golpe, todo se esclarecerá.

Cada vez que alguien viene a hablarme para explicarme sus pensamientos, sus proyectos, sólo por el modo de presentarme las cosas, veo enseguida si se encuentra en el centro o en la periferia. Es muy fácil de ver. Todos los que están en la periferia hablan un lenguaje deformado, ¡tan vacío!... Mientras que los que trabajan para aproximarse al centro, a este Elevado Retiro, a la Fuente de la Vida, aunque no hayan llegado aún, llevan en sí, sin embargo, algo que lo refleja: algunas emanaciones, algunos perfumes, algunas lentejuelas de oro que vienen de la

Pura Verdad; se siente que estos seres son los portadores de la Nueva Vida. ¡Y es tan deseable que la Tierra esté un día poblada por estas criaturas, con el fin de poderlas encontrar, trabajar y regocijarse con ellas!

Los Iniciados, los místicos se esfuerzan en recogerse para alcanzar en sí mismos este centro que es su equilibrio, el sentido de su vida. Según los casos sitúan este centro en la cabeza, entre los dos ojos, en el corazón, en el plexo solar, en el centro Hara. En realidad, poco importa el lugar que se le dé en el plano físico, pues no está en el plano físico. Simplemente se debe pensar en él y se encontrará la dirección sin tener que preocuparse del lugar que ocupa. Mirad las plantas, no tienen ojos para ver dónde deben dirigirse, pero necesitan del Sol y hay en ellas una fuerza que las dirige, que las orienta hacia el Sol. Esto se llama tropismo. Esta fuerza también se manifiesta en el hombre que busca su centro, incluso si no sabe dónde debe buscarlo.

Para encontrar este centro los yoguis de la India tienen técnicas de concentración especiales, de las que habéis oído sin duda hablar. Pero son experiencias todavía prematuras para vosotros. Lo esencial es que comprendáis la necesidad de la búsqueda de este centro, que es Dios. Incluso si no sabéis dónde se halla este centro,

vuestra alma lo sabe, vuestro espíritu lo sabe. Desde el momento en que tenéis la intención de encontrar ese centro, de dirigiros hacia él, dentro de vosotros comienzan a manifestarse fuerzas que os orientan exactamente. Algunos cristianos que no conocen nada de los chacras, ni dónde se encuentran, ni cómo desarrollarlos, los han desarrollado sin embargo mediante el ejercicio de las virtudes, por ciertas plegarias o ciertos métodos que se utilizan en la religión cristiana, y ellos también encuentran el centro aunque no tengan ninguna técnica especial para ello. Todo lo que es puro, todo lo que es desinteresado, pulsa los mismos resortes y permite los mismos descubrimientos espirituales, sea cual sea la religión.

Evidentemente, si se sabe localizarlos, esto facilita las cosas, no cabe ninguna duda. Cuando trabajáis en la niebla, en la sombra, en la inconsciencia, esto da también resultado, pero hace falta mucho más tiempo. Un cristiano que ignore todos los yogas de la India, con sólo su amor hacia Dios, puede hacer grandes progresos. Si su amor es muy ardiente, muy fuerte, es capaz de liberarle y de llevarle hasta la iluminación. Sin embargo, si tuviera algunos conocimientos que le permitieran ver más claramente hacia dónde se dirige, sería todavía mejor, pues trabajaría con medios más eficaces y alcanzaría más rápi-

damente el fin. Por eso nuestra Enseñanza os muestra la fuerza del amor, de la oración, de la dulzura, de la humildad y de todas las virtudes cristianas, pero añadimos también algunas nociones de esta ciencia eterna que los Iniciados poseen desde tiempos inmemoriales sobre el Arbol Sefirótico, sobre los cuerpos sutiles del hombre, sobre las regiones del espacio, sobre el alma, sobre el espíritu, etc... lo cual facilita el trabajo, pues se disminuyen los riesgos de error.

Para tener una visión completa y exacta de las cosas, evidentemente, son precisos muchos conocimientos; pero para el trabajo, para la práctica, basta con muy poco. Incluso el poseer demasiados conocimientos puede convertirse en un obstáculo; quienes se interesan por todo, quienes recorren todo para leer, para ver, informarse, no hacen nada; no practican nada, se contentan con engullir. Mientras que otros que no están tan ocupados en atesorar conocimientos, pero que se concentran en dos o tres ejercicios cada día durante años, llegan a realizaciones fantásticas.

Diréis: «Pero entonces, ¿qué consejo nos da?» Pienso que hace falta tener un extenso conocimiento de la vida, de las criaturas, del mundo invisible, y después hacer una criba, es decir, detenerse sobre algunas nociones, algunas verdades esenciales, y concentrarse en ellas para

aplicarlas, para realizarlas. Es muy nocivo estudiar siempre sin tratar nunca de realizar algo. Pero antes de realizar son precisos algunos conocimientos, pues si no se tienen conocimientos suficientes, en la práctica habrá siempre algo mutilado; vuestra ignorancia se reflejará negativamente sobre vuestras creaciones, que serán como abortos. Así pues, también en la vida espiritual hay que saber armonizar estas dos cosas: teoría y práctica.

En nuestra Enseñanza se desarrolla el corazón y el intelecto, pero también la voluntad. Y la voluntad justamente se desarrolla con la práctica, mediante el ejercicio, que es el resultado de las actividades del corazón y del intelecto. Por ello considero a nuestra Enseñanza como una enseñanza completa. Todo depende luego de la sinceridad del que entra en esta Enseñanza. Si se queja de que falta algo, bien, se trata simplemente de que eso le falta a él: o no estudia, o no desea perfeccionarse tanto, o es perezoso... Entonces, no hay que acusar a la Enseñanza; la Enseñanza es muy rica, pero lo que más cuenta es lo que nosotros hacemos con ella.

He visto gente que no poseía más que un pequeño manuscrito, algunas migajas que repetían toda su vida y que se afanaban en aplicar, y es así como progresaban. Y los primeros cristianos... poseían sólo los Evangelios, y ¡en qué

estado! Sucios, desgarrados, porque se los prestaban para copiarlos. Pero los leían sin cesar, los aplicaban, y recibían la luz. Mientras que ahora se tienen en la biblioteca todos los libros sagrados de todas las religiones: Los Upanishads, los Vedas, el Zend-Avesta, el Tao-te-King, el Libro de los muertos de los Egipcios y el de los Tibetanos, el Talmud, el Zohar, la Cábala, la Biblia y, además, algunos otros, pero no se progresa. ¡Entonces no digáis que hay que buscar todavía otra Enseñanza porque ésta no es suficiente!

Jesús ha dicho: «Hágase tu Voluntad así en la Tierra como en el Cielo». Esto significa que la Tierra debe ajustarse al Cielo. Para tener las mismas formas, la misma belleza, el mismo esplendor, es preciso que se ajuste. El Cielo vibra con tal intensidad que si la Tierra quiere ajustarse a él, debe intensificar sus vibraciones. Con ello volvemos a la cuestión de la intensidad de las vibraciones del punto central. El punto central resulta inaccesible en tanto que el hombre no vibre en la misma longitud de onda que él. Sí, mientras no llegue a vibrar como él, el hombre no podrá nunca saber lo que es ese punto, lo que dice, lo que contiene, lo que le aporta. «Así en la Tierra como en el Cielo...» La Tierra, somos nosotros, es decir, nuestro estado de conciencia actual. Debemos esforzarnos y poco importa el tiempo que nos lleve, hasta que esta

parte de la periferia que somos llegue a ajustarse y a vibrar al unísono con ese centro del círculo que es la Fuente Primordial. En ese momento, se establece la circulación, las corrientes pasan, nos atraviesan, y sabemos todo lo que ese punto sabe, sentimos todo lo que ese punto siente, hacemos todo lo que ese punto hace en el Universo entero.

III

EL TRIÁNGULO

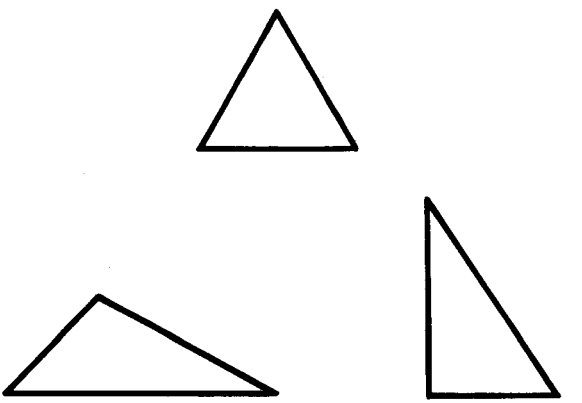
I

Las figuras geométricas son la expresión concreta de los números. Los números pertenecen al mundo de los principios y se convierten en figuras geométricas al descender al plano físico. Por ejemplo, 4 es el cuadrado, 5 el pentagrama, 3 el triángulo, 2 el ángulo, 1 el punto o la línea, etc... Y según la figura geométrica que contemplemos, sentimos que aparece en nosotros tal pensamiento o tal estado de conciencia. Suponed que yo trazo un triángulo, vosotros lo miráis... Es evidente que si no tenéis ninguna noción de la Ciencia Iniciática, no os dirá nada; pero si estáis ya familiarizados con el mundo de los símbolos, este triángulo hará que nazcan inmediatamente en vosotros ciertas asociaciones de ideas.

Podemos decir que el triángulo es el principio masculino y el principio femenino que se unen para dar nacimiento a un tercer principio. En la familia, son el padre, la madre y el hijo; en química, el ácido, la base y la sal; en el hombre,

el intelecto, el corazón y la voluntad (o el pensamiento, el sentimiento y la acción), y entre las virtudes divinas, la sabiduría, el amor y la verdad... Del mismo modo que el hijo es el producto de un padre y de una madre, la sal es el producto del ácido y de la base, la acción el producto del pensamiento y del sentimiento, la verdad el producto del amor y la sabiduría.

Ahora mirad estos triángulos:



Aunque estas tres figuras responden siempre a la apelación triángulo, no os inspiran las mismas reflexiones. Sólo el triángulo equilátero os da la idea de una armonía perfecta, porque expresa la concordancia entre los tres principios; ninguno se ha desarrollado a expensas de los demás. Si el triángulo equilátero es el símbo-

lo del hombre perfectamente equilibrado, es porque expresa justamente esta concordancia entre los tres principios del intelecto, del corazón y de la voluntad. Es evidente que éste no es el caso de la mayoría de los seres humanos. Pues su comportamiento se caracteriza por un desequilibrio entre estos tres factores: un intelecto muy desarrollado a expensas del corazón y de la voluntad, o bien una voluntad fuerte que arrastra al hombre a cometer actos insensatos porque ni el intelecto ni el corazón están allí para dirigirla... y así sucesivamente, podréis descubrir vosotros mismos los diferentes casos que puedan presentarse.

El hombre se manifiesta, pues, como un ser que piensa, que siente y que actúa; piensa con su intelecto, siente con su corazón, actúa con su voluntad. El ideal del intelecto es la sabiduría, el del corazón el amor y el de la voluntad el poder. Poder, amor y sabiduría son los tres atributos por los que se define a la Divinidad. Poder, amor y sabiduría, ésta es la verdadera Trinidad. Cuando la religión cristiana representa la Trinidad como el misterio de un Dios en tres Personas (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo), en realidad se trata de tres formas bajo las que se manifiesta la Divinidad: el Padre es el Poder (la Vida), el Hijo la Sabiduría (la Luz), y el Espíritu Santo el Amor (el Calor). Ahora bien, ¿por qué

en esta familia hay un Hijo y no una Madre?, ¿cuál es el papel del Espíritu Santo?... Esto sería muy largo de explicar.* Fijaos solamente en que el triángulo equilátero, que es el símbolo del hombre armoniosamente desarrollado, es también el símbolo de la Divinidad.

Y no os extrañéis si os digo que se puede igualmente considerar el triángulo como un símbolo del Sol. Desde luego, la representación más corriente del Sol es el círculo con el punto central, que acentúa las relaciones entre el centro y la periferia. Pero como el Sol es también vida, calor y luz, puede ser igualmente representado por el triángulo. Por ello el Sol es el mejor símbolo de la Santísima Trinidad. ¿Dónde podemos encontrar una imagen más elocuente del poder, del amor y de la sabiduría de Dios que en la vida, el calor y la luz que el Sol derrama cada día en el Universo? Allí donde aparece la vida, se manifiesta la presencia de Dios. Y como en la Tierra toda la vida viene del Sol, estamos obligados a reconocer que es a través del Sol como Dios se manifiesta del modo más palpable para nosotros.

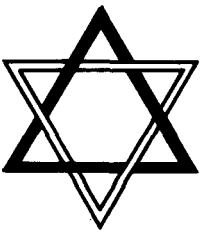
En realidad, la Santísima Trinidad no está ni en la luz, ni en el calor ni en la vida del sol, se

* Ver el «Espíritu Santo» en el Tomo VIII de las Obras Completas.

encuentra infinitamente más allá, pero a través de esta luz, de este calor y de esta vida del sol, podemos alcanzarla, comunicarnos con ella, amarla, llamarla, hacerla penetrar en nosotros. Pues mediante nuestro intelecto, nuestro corazón y nuestra voluntad, nosotros también somos una Trinidad. Desde luego, de momento esta pequeña trinidad está aún apagada, congelada, helada, pero puede reanimarse, iluminarse y calentarse junto al Sol. Cada día, al mirar al Sol, vemos un reflejo, una imagen sublime, perfecta de la Santísima Trinidad, y si sabemos trabajar con este modelo, nuestra pequeña trinidad se volverá luminosa, cálida, vivificante como el Sol; se aproximará a esta gran Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y ella también llegará a ser santa.

II

Todos vosotros conocéis el hexagrama, esta estrella de seis puntas a la que se llama «el sello de Salomón» y que es considerada como el símbolo del judaísmo.



Esta figura está formada por dos triángulos entrecruzados: el triángulo con el vértice hacia abajo representa el principio masculino ∇, y el triángulo con el vértice hacia arriba el principio femenino $\triangle$... ¿Por qué? Porque el principio femenino, la materia, está siempre vuelta hacia el Cielo, hacia el Espíritu; espera que el Espíritu venga a fertilizarla, a animarla; quiere que se

ocupe de ella como una masa que el panadero debe trabajar para hacer el pan, como una tierra a la que es preciso labrar. Mientras que el principio masculino, el Espíritu, está vuelto hacia abajo: desciende hacia la materia para darle todo lo que posee.* Encontraréis en todas partes en la Naturaleza la ilustración de este símbolo, incluso en la posición del hombre y de la mujer durante la concepción de un niño: la mujer mira hacia arriba y el hombre hacia abajo. Su unión se halla representada simbólicamente por los dos triángulos. Ved que en todos los ámbitos de la vida, la inteligencia de la Naturaleza enseña a los humanos y les revela sus pensamientos, sus secretos. Pero en lugar de descifrar, de comprender y de maravillarse, los humanos lo hacen todo inconscientemente.

Tratemos ahora de ir más lejos. Es la apariencia externa la que hace que un ser humano

* Tradicionalmente el triángulo con el vértice hacia arriba representa al fuego, al principio masculino, al espíritu, mientras que el triángulo con el vértice hacia abajo representa al agua, al principio femenino, a la materia (ver tomo I de las Obras Completas p. 33-42). Por su naturaleza, en efecto, el espíritu está simbólicamente en conexión con lo de arriba y la materia en conexión con lo de abajo. No obstante, para representar estos dos principios en actividad, el simbolismo debe ser invertido: el espíritu, que está arriba, desciende hacia la materia para trabajar en ella, mientras que la materia, que está abajo, sube hacia el espíritu para ser elaborada.

sea definido como hombre o mujer. Pero, interiormente, cada hombre lleva una mujer en sí, y cada mujer un hombre. El ser humano es hombre o mujer según sea el principio masculino o el principio femenino el que predomine, pero el principio opuesto duerme en él y puede manifestarse un día con tal fuerza que algunos hombres y algunas mujeres experimenten incluso la necesidad de cambiar de sexo. Esto prueba que el hombre contiene el principio femenino y la mujer el principio masculino.

Me detendré justamente sobre la representación de esta idea de que el ser humano contiene los dos principios. El hombre es activo, enérgico, voluntarioso; quiere dominar, luchar y subyugar a los demás, representa un principio de poder y de emisión. Mientras que el principio femenino se manifiesta por la dulzura, la ternura, el encanto, la sensibilidad, y todo lo que es receptivo. Evidentemente, hablo en general; no vayáis a decirme ahora que conocéis hombres de una sensibilidad enfermiza y mujeres autoritarias que fuman, juran y se visten como hombres; las excepciones no me interesan, digo lo que son en general el hombre y la mujer. Y ahora, ¿por qué ante una mujer los guerreros, los conquistadores, se transforman en seres dulces y sumisos? Aparentemente son terribles, pero ante una mujer deponen las armas y se arrodi-

llan a sus pies. ¿Por qué? Porque sienten que las cualidades de esta mujer les faltan y que su presencia se las aporta. Y ¿por qué las mujeres que carecen de fuerza, de resistencia, de tenacidad, se sienten precisamente atraídas por los guerreros? He ahí Marte y Venus tal como se les representa: un guerrero acompañado de una mujer.

Así pues, el ideal para el hombre es ser fuerte, poderoso, pero también el saber en ciertas circunstancias manifestar la dulzura, la bondad, la compasión como una mujer. Y la mujer, por su parte, en lugar de ser siempre endeble, vulnerable, dependiente, debe ser capaz de mostrarse, cuando haga falta, fuerte y resistente. Saber polarizarse, es a lo que yo quiero conduciros para vuestro desarrollo y enriquecimiento internos.

El sello de Salomón es el símbolo de todos los seres que han llegado a desarrollar en sí mismos los dos principios masculino y femenino, emisor y receptor; tienen la fuerza y la dulzura, son andróginos, son perfectos. El que representa sólo un triángulo – bien el del hombre o el de la mujer – está debilitado, mutilado; por eso busca su otra mitad, al otro triángulo para formar con él el sello de Salomón. ¡Todos quieren ser sellos de Salomón! Por eso se buscan; los hombres buscan a las mujeres, y las mujeres buscan a los

hombres. Inconscientemente, quieren llegar a ser sellos de Salomón, pero no saben cómo conseguirlo.

Cuando una mujer ha desarrollado solamente las cualidades femeninas, encontramos que es una verdadera mujer, sí, pero le falta el principio masculino. Por eso sigue siendo dependiente, débil, vulnerable, y es desgraciada porque está privada del otro principio. Incluso si posee todas las cualidades de la mujer, tiene, a pesar de todo, necesidad de unirse al principio masculino que le dará la plenitud. El vacío aspira a la plenitud. Pero si, en lugar de verse obligada a buscar siempre el principio masculino en el exterior (lo que no siempre resuelve el problema), la mujer trabajara por poseerlo interiormente, se convertiría en un ser completo.

Y el mismo problema se plantea también para el hombre. Mientras que no llegue a encontrar el principio femenino en él mismo, aunque tenga todas las mujeres de la Tierra, sentirá que le falta algo. Cuando se busca a una mujer o a un hombre, aún no se han realizado internamente las cualidades masculinas y femeninas, que son las únicas que pueden dar la plenitud.

El hombre tiene necesidad de la mujer. Está escrito en el Génesis que después de haber creado a Adán, Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; le daré una ayuda semejante a

él». Pero no se ha comprendido que estas parábolas de Dios no conciernen solamente al plano físico, sino también a los planos espiritual y divino. Es como el precepto: «Creced y multiplicaos...» El ser humano no trae hijos al mundo únicamente en el plano físico. Su corazón, su intelecto, su alma, su espíritu dan también nacimiento a cantidad de hijos...

Ahora vayamos más lejos y veamos lo que los dos triángulos pueden todavía revelarnos. El hombre, el triángulo cuyo vértice mira hacia abajo, está mejor armado contra el mundo infernal, pues tiene la posibilidad de defenderse de él: el vértice de su triángulo es como la punta de una espada que le permite ahuyentar a los malos espíritus. Cuando un mago blanco, por ejemplo, quiere purificar un lugar de los malos fluidos que allí se han condensado o de entidades diabólicas a quienes los brujos casi han materializado, puede disgregarlas con la punta de una espada; ante esta amenaza las entidades se van de allí, pues tienen miedo de esa punta. Esta es la función del vértice del triángulo. Pero la mujer, cuyo vértice del triángulo está vuelto hacia lo alto, no tiene nada abajo para defenderse y el mundo subterráneo se desliza más fácilmente en ella. Moisés, que sabía esto, no lo explicó en forma geométrica, sino mediante un relato. Contó que había en el Paraíso un hombre y una mujer,

y que la serpiente persuadió a la mujer, Eva, para que probase el fruto de un árbol. Pues bien, yo os explico la misma historia, pero geométricamente. El hombre y la mujer sucumbieron porque ni uno ni otro había realizado todavía el sello de Salomón en sí mismo; pero fue en Eva primeramente donde las fuerzas maléficas, simbolizadas por la serpiente, lograron insinuarse.

¡Conozco el lenguaje geométrico y podría traduciros toda la Biblia en símbolos geométricos! La Biblia no está hecha más que de símbolos, pero de símbolos revestidos de carne y presentados como hombres y mujeres: Adán y Eva, Abraham, Isaac, Jacob... En realidad, no son más que figuras geométricas, números, pentáculos. A primera vista, no se ve porqué la tentación ha llegado a través de Eva en lugar de venir por Adán, pero ahora lo podéis comprender: abajo Eva no estaba defendida, abajo el triángulo de la mujer no está defendido.

La mujer representa la materia y la materia está más próxima a las regiones subterráneas. Mientras que el hombre se encuentra preferentemente en el ámbito abstracto, en el dominio mental, se halla más alejado, es más difícil que le alcance. Esto no significa que los hombres sean fuertes y las mujeres débiles, no, pero la naturaleza del hombre y de la mujer es tal que las entidades subterráneas pueden más fácilmen-

te penetrar en la mujer, y así por la mujer el hombre sucumbe a su vez, y come el fruto. No digo que el hombre tenga más fuerza moral, no; el hombre y la mujer son prácticamente iguales, únicamente son las funciones las que difieren. El hombre es tan débil como la mujer, pero es preciso que sea siempre a través de la mujer que él muerda el anzuelo. Los historiadores y los psicólogos lo saben bien. ¿Tal hombre ha hecho esto o aquello? Detrás de él encontramos siempre a una mujer que le influía...

¿Por qué las mujeres tratan siempre de casarse? Para ser protegidas por el otro triángulo. No saben por qué tienen esa necesidad instintiva de protección; pues bien, sencillamente porque ellas representan un triángulo que no está protegido. Mientras que con un esposo... incluso si es un pobre mequetrefe, un borracho, ¡ellas se sienten a cubierto! Diréis que es la sociedad la responsable del deseo que tiene la mujer de casarse. No del todo, esto viene de muy lejos, es instintivo. La mujer tiene necesidad de encontrar a alguien que la defienda, porque se siente a merced de los ataques, de las críticas, de las malas intenciones de los demás. Mientras que estando casada, se cree invulnerable, porque a la menor crítica, ¡su marido cogerá una metralleta para asesinar a todo el mundo!... Pero, evidentemente, incluso casada, una mujer no está pro-

tegida espiritualmente. Es por lo que, casadas o no, las mujeres deben unirse al principio masculino que poseen interiormente; es él quien las protegerá mejor que su marido, que no es a menudo más que un protector «sucedáneo»; es preciso que atraigan hacia sí el principio masculino para llegar a ser ellas mismas el símbolo del hexagrama.

III

La materia es inerte, informe, y es el espíritu el que, al descender para introducirse en ella, le da forma. Este es un fenómeno que podemos observar por todas partes bajo múltiples aspectos. El espíritu desciende para animar a la materia, lo cual es la involución; y la materia, animada por el espíritu, vuelve a subir, lo cual es la evolución. La ciencia, con Darwin y otros, se ha fijado exclusivamente en el proceso de evolución. En realidad, ninguna evolución habría podido producirse si no hubiera habido previamente una involución; pues, ¿de dónde vendrían esas fuerzas, esas energías que permiten a las formas perfeccionarse?

La evolución de las formas materiales, la de las piedras, plantas, animales, hombres, se ha hecho en realidad gracias al descenso del espíritu. Veamos otro ejemplo del simbolismo de los dos triángulos. El triángulo con el vértice vuelto

hacia abajo, representa al espíritu que desciende a la materia para animarla, vivificarla, y el triángulo con el vértice vuelto hacia lo alto, representa a la materia que quiere evolucionar para unirse al espíritu. El encuentro de ambos triángulos simboliza la unión perfecta del espíritu y de la materia, y en eso consiste el poder mágico del sello de Salomón: el encuentro y la interpenetración de los dos triángulos, de los dos principios.

Ningún progreso, ninguna mejora puede hacerse sin sacrificio, y la involución es el sacrificio que ha hecho el Espíritu para permitir a la Materia evolucionar y enriquecerse. Encontramos por todas partes estos dos procesos de involución y de evolución, pero como los humanos no son dados a considerar las cosas desde el punto de vista filosófico, no ven las leyes y los principios que actúan detrás de cada fenómeno o acontecimiento de la vida.

No puede haber existencia si alguna cosa no ha sido sacrificada antes para que esta existencia sea posible. Sí, hay evolución porque hubo primero una involución. Esto es lo que es preciso saber si queremos que la Humanidad prosiga su camino ascendente. Todo peligra si la vida no está basada en la conciencia del sacrificio, de la abnegación, del amor. Mirad lo que pasa en una familia: los padres se desviven, hacen sacrificios

para que los hijos puedan crecer y desarrollarse, y un día vemos a los padres que se han empequeñecido, debilitado, mientras que los hijos se han vuelto fuertes y vigorosos, no siempre reconociendo, por otra parte, que se han desarrollado a expensas de sus padres.

Un Maestro, o incluso un profesor, un maestro de escuela, representan el triángulo del espíritu. Enseñan a sus discípulos o a sus alumnos: ellos involucionan, mientras que los demás que les escuchan están evolucionando. Ahí vemos, también, la manifestación de los dos triángulos. Esta situación no puede durar eternamente ni para unos ni para otros. Vendrá un día en que los alumnos, los discípulos, deberán enseñar a otros lo que ellos mismos han aprendido. Sucede exactamente como en el niño: no permanece eternamente en la situación de niño, puesto que un día también él debe trabajar, casarse y tener hijos a quienes alimentar y educar.

En cada actividad de la vida cotidiana volvemos a encontrar el símbolo de los dos triángulos: cuando os servís una bebida, el agua sube en el vaso y baja en la botella. Después bebéis, y entonces el vaso se vacía y vuestro estómago se llena. Cada vez que se bebe o que se come, la comida, la bebida representan el triángulo del espíritu que debe sacrificarse para que tengamos fuerzas. Lo mismo ocurre cuando vais a un

almacén a comprar toda clase de cosas. Si no tenéis nada que dar a cambio, no recibís nada: ¡es preciso que vuestro monedero «involucione» para que haya una «evolución» de las mercancías hacia vosotros! Todo lo que hacemos en nuestra vida cotidiana debe hacernos comprender que el mismo proceso existe a escala cósmica, y que si no hubiera habido primero una involución del espíritu, la materia no podría ahora evolucionar.

El simbolismo de los dos triángulos es, pues, tremendamente amplio y podemos encontrar ahí el resumen de toda la ciencia de la vida. En lo que respecta a nuestro organismo, fijémonos sólo en la cuestión del plexo solar y del cerebro. La inteligencia Cósmica los ha construido de manera idéntica, con la materia gris y la materia blanca, pero invertidas, puesto que en el cerebro la materia gris está fuera y la materia blanca dentro, y en el plexo solar es a la inversa. Esta oposición aparece también en sus manifestaciones: el plexo solar permanece invisible, escondido, se diría que no hace nada, mientras que el cerebro habla, fanfarronea, fulmina. Pero para que el cerebro se manifieste tan brillantemente en todo, para que razone, explique, ordene, debe haber alguna otra cosa que se sacrifique, que se gaste y le envíe refuerzos, si no dejaría de funcionar. Y justamente es el plexo solar quien le

nutre, quien le sostiene. El plexo solar, que da, corresponde pues al triángulo de la involución, y el cerebro, que recibe, al de la evolución. El plexo solar tiene una función más espiritual que el cerebro, ya que es él quien se sacrifica para que el cerebro pueda funcionar, y no únicamente el cerebro, sino todos los demás órganos.

El hombre no puede cristalizarse en una actitud, y este es el punto esencial que hay que retener. Una vez que el vaso está lleno, se vacía. Es verdad en la vida de cada individuo: después de haber sido un niño que no hace más que tomar, se convierte en un adulto que ha aprendido a dar. Y es verdad también a escala de la Humanidad: durante un largo período la Humanidad permaneció en un estado infantil en el que no hacía más que tomar egoístamente, lo cual no ha cesado de producir guerras y devastaciones. Y ahora la Humanidad debe aprender a dar. Por eso os diré también que las religiones que impulsan al ser humano a buscar la felicidad eterna y a salvar su alma, están actualmente rebasadas. Es a la Tierra entera a la que hay que dar algo para embellecerla, a fin de que vibre en armonía con el Cielo.

En el pasado, religiones como el budismo, o incluso el cristianismo, impulsaban a los humanos a alejarse del mundo físico para poder alcanzar al Señor, fusionarse con El. La Tierra no era

más que un Valle de Lágrimas y la vida una ilusión de la que era preciso escapar lo más rápidamente posible para volver al Cielo, al Nirvâna. Cada cual no pensaba en otra cosa que en salvar su alma para gozar de todos los esplendores del Cielo. Desde luego, esta forma de ver la cuestión no es negativa, sino imperfecta; en todo caso esta actitud no puede traer el Reino de Dios y su Justicia a la Tierra. La pequeña minoría que consiguiera salvarse, dejaría a los demás en el desorden y la miseria, porque esta filosofía de la huída no es capaz de transformar el mundo. Hace falta otra filosofía, y esta nueva filosofía viene con la era de Acuario: el agua que desciende, la vida que desciende de las regiones celestes para transformar la Tierra, hace brotar los gérmenes del Reino de Dios. Ciertamente el Cielo es un mundo perfecto de bendiciones y de esplendores en donde se será libre y feliz. Sí, pero si abandonamos la Tierra por el Cielo, la Tierra seguirá siendo un desierto.

Jesús decía en la oración dominical: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad así en la Tierra como en el Cielo». Jamás se ha comprendido que la voluntad de Jesús era transformar, mejorar, embellecer, purificar la Tierra para que sea semejante al Cielo. Todo el mundo huye porque eso es lo que más conviene a sus pequeñas almas, a las que quieren salvar. Ahora

ya no hay que querer salvarse, sino únicamente comprometerse en un trabajo glorioso para traer el Cielo a la Tierra.

Adaptando la filosofía del triángulo con el vértice hacia arriba, se abandona la materia, así como todas las actividades y deberes que conlleva, y de ahí se siguen algunas anomalías. Hay que trabajar, pues, con el triángulo del Espíritu, que es el de la realización, el de la manifestación aquí, en el mundo. Un espiritualista debe buscar el Cielo, desde luego, pero una vez que lo ha alcanzado, debe esforzarse en hacer bajar todas las bendiciones del Cielo a la Tierra. Es así como llega a unir en él el espíritu y la materia, y realiza plenamente este símbolo del sello de Salomón.

Sí, antes cada cual se ocupaba sólo de su desarrollo personal, era normal, la Inteligencia Cósmica misma lo había decidido así porque esto era necesario. Lo mismo que un niño debe primero crecer, fortalecerse, hacía falta también que la Humanidad, que era todavía un niño, creciese y se fortaleciera, mientras que los Hermanos Mayores – las almas y los espíritus evolucionados – descendían para venir a ayudarle. Pero ahora, puesto que la Humanidad ha alcanzado la edad adulta... diréis: «pero, ¿qué quiere decir eso de que la Humanidad ha alcanzado la edad adulta?» Mirad al niño: primeramente la vida

física se manifiesta en él, come, bebe, se mueve. Pero poco a poco, el espíritu que comienza a descender provoca el despertar de su cuerpo astral, después de su cuerpo mental, y puede decirse que hacia los veintiocho años, el hombre, en lo esencial, está completamente desarrollado; físicamente, afectivamente, intelectualmente, su crecimiento ha terminado y ahora es capaz de pensar en los demás.

Este mismo proceso del descenso del espíritu se ha producido también para el conjunto de la Humanidad. Por eso se puede decir ahora que la Humanidad – al menos una parte – ha alcanzado la edad adulta. El espíritu ha tomado posesión del cuerpo astral y del cuerpo mental del Hombre, que posee en el ámbito del sentimiento y del pensamiento extraordinarias posibilidades que puede poner al servicio de la colectividad, convirtiéndose, por su parte, en el triángulo del espíritu.

Así pues, vosotros decidid también convertiros en triángulos del espíritu, haced algo por los demás en lugar de ser unos tunantes limitados, unos seres egoístas, que no piensan más que en sí mismos. Todos aquellos que no piensan más que en sí mismos frenan su desarrollo, mientras que queriendo trabajar por los demás, se refuerzan. Siempre que se quiere ayudar y sostener a los demás se pierde aparentemente algo, y es

verdad también que uno puede constatar un debilitamiento físico, pero espiritualmente se vuelve uno más poderoso y más fuerte. Desde luego esto no se ve, y por eso se piensa que el Espíritu también periclita con la edad. En realidad, se produce lo contrario. Pero los humanos, que confunden todo, se identifican con el cuerpo físico. El cuerpo físico ha trabajado, es verdad, se ha gastado, se ha debilitado, pero el espíritu se ha reforzado. Mientras que un triángulo disminuye, el otro triángulo se agranda. Así es como pasan las cosas en la vida.

Pero, en realidad, para los grandes Maestros y los Iniciados, esto sucede de otro modo, pues han descubierto un secreto: ayudando a los humanos, iluminándolos, se desgastan, es verdad, pero al mismo tiempo saben captar fuerzas y energías del mundo divino, y en mucha mayor cantidad que lo que han dado. Uno se llena, uno recibe, cuando da a los demás. He ahí los dos triángulos: dais hacia abajo, pero recibís de lo Alto. Cuando sois el triángulo del espíritu, aquí, entre los humanos, dais, pero sois al mismo tiempo el triángulo de la mujer con respecto al Cielo: recibís. Dais y recibís... recibís y dais... Si no sabéis hacer esto, enseguida os agotaréis y lamentaréis luego el haber trabajado por los demás. Debéis aprender, pues, a ser emisor y receptor, emisor hacia abajo, para la Tierra, y

receptor de lo Alto, con respecto al Cielo. Cuando sepáis manifestaros a la vez como el triángulo que da a la Tierra y el que recibe del Cielo, hallaréis la plenitud.

IV

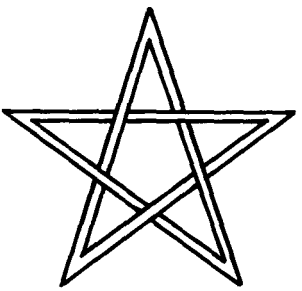
EL PENTAGRAMA

I

Se ha dicho en los Evangelios que cuando Jesús nació apareció en Oriente una estrella, y así fue como los Reyes Magos conocieron que un Salvador del mundo había nacido. A esta estrella la tradición cristiana ha dado la forma de un pentagrama, y cada año, en Navidad, la vemos representada o colgada por todas partes. Ciertos astrónomos han investigado y hecho cálculos para descubrir cuál podía ser esta estrella que había aparecido; no han descubierto nada y se han emitido numerosas hipótesis. ¿Hubo realmente un signo luminoso en el cielo para conducir a los Reyes Magos hasta Belén? El Evangelio dice: «Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos hasta que, habiendo llegado sobre el lugar donde estaba el Niño, se detuvo.» Hay que reconocer que esta estrella tiene un comportamiento fuera de lo común, y se comprende que haya planteado problemas a los astrónomos. Es por lo que, en lugar

de buscar si ha existido verdaderamente, vale más tratar de profundizar en lo que han querido decir los autores de los Evangelios por la presencia de esta estrella en el momento del nacimiento de Jesús.

El pentagrama, la estrella de cinco lados, es el símbolo del hombre perfecto. Mirad esta figura:



Esquemáticamente, representa un hombre alzado sobre sus dos pies y con los brazos separados.

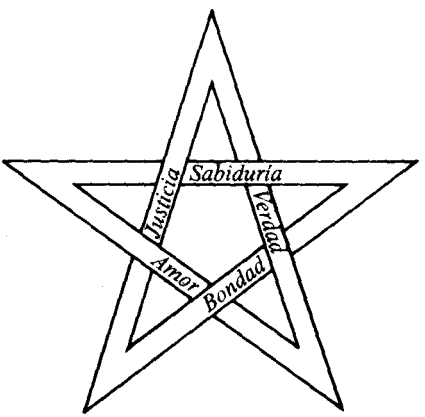
Cuando se estudia el nombre de Dios en hebreo, vemos que tiene cuatro letras: י ה ו ה Iod Hé Vau Hé. Es el tetragrama que se vuelve a transcribir según lo dio Jehová, pero que los judios no pronuncian. Os he explicado que las cuatro letras del nombre de Dios corresponden a los cuatro principios que hay en el hombre: Iod el Espíritu, Hé el alma, Vau el intelecto, y el

segundo Hé el corazón. Pero estos cuatro principios deben manifestarse, encarnarse, a través de un quinto principio: la Voluntad. Esta encarnación se expresa a través del nombre de Jesús: Iéshouah, que contiene las cuatro letras del nombre de dios: Iod Hé Vau Hé, a las que se añade, en el centro, una quinta letra Shin, símbolo de la unión del espíritu y de la materia. Proclamándose y proclamando a todos los humanos hijos de Dios, pidiéndoles que trabajasen para la realización del Reino de Dios en la Tierra, Jesús no hacía más que insistir en la verdadera misión del Hombre: encarnar la Divinidad. Jesús, el Cristo, es el Verbo que se ha hecho carne. Envolviéndose de carne, Dios se ha hecho hombre. El Hombre es la Divinidad manifestada en la Tierra. El Primer Nacido, Jesús, es el Hombre. Es lo que Pilatos mostró diciendo: «He aquí el Hombre». Sí, Dios hecho carne, el Hombre Perfecto, simbolizado por el pentagrama, tal es el sentido de la estrella de cinco puntas que anunció el nacimiento de Jesús.

Y ahora, nuestra misión es vivir esta Enseñanza del Hombre Perfecto gracias a las posibilidades que nos han sido dadas. Entre estas posibilidades están los cinco sentidos (siempre el número cinco): la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto. Y además, el tacto, que entre los sentidos es el más cercano a la materia, tiene por

principal órgano la mano, que posee cinco dedos. Los dedos son antenas preparadas para captar ciertas influencias determinadas. El pulgar está unido a Venus, el índice a Júpiter, el corazón a Saturno, el anular al Sol, y el meñique a Mercurio. Por ello es conveniente que alguna vez hagáis este ejercicio: levantad la mano concentrándoos sobre cada uno de vuestros dedos con el fin de atraer las influencias benéficas de estos planetas; podéis hacer después un buen trabajo sobre vosotros mismos y sobre los demás.

El hombre es, pues, un pentagrama viviente. Es verdad en el plano físico, pero es verdad tambien en el plano espiritual, ya que posee y manifiesta



las cinco virtudes: el amor, la sabiduría, la verdad, la justicia, la bondad, que son las virtudes del Cristo. Podemos disponer también las cinco virtudes sobre el pentagrama.

El Maestro Peter Deunov daba la regla siguiente: «Sitúa la Bondad como base de tu vida, la Justicia como medida, la Sabiduría como barrera, el Amor como delectación y la Verdad como luz». Si se reflexiona en el sentido de este precepto, lo encontraremos perfectamente justo. La Bondad es la única base sólida sobre la que un edificio puede reposar. Incluso si este edificio es hermoso e inteligente, se hundirá si la bondad no lo sostiene. La Justicia es una cualidad de medida; para ser justo, como indica la balanza, que es su símbolo, se necesita saber siempre preservar el equilibrio: añadir un poco de un lado, suprimir un poco del otro. La sabiduría es una barrera gracias a la cual podemos protegernos de enemigos externos e internos que nos amenazan. Sin el amor, la vida nos parece insípida, incluso aunque lo poseamos todo: la riqueza, el saber, la gloria. Sin amor no le sacaremos ningún gusto a la vida. La Verdad es la luz que ilumina nuestro camino, sin ella estamos en la mentira y en el error.

Estas cinco virtudes son necesarias para el desarrollo del hombre. Desgraciadamente muy poca gente conoce actualmente el vínculo que

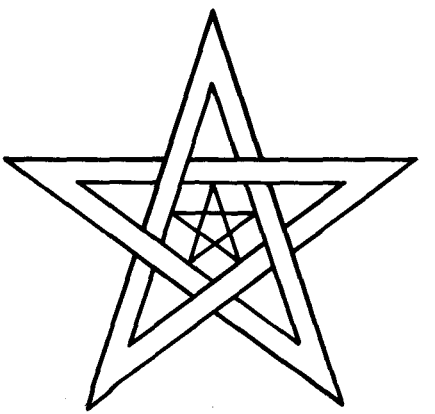
existe entre las virtudes y el organismo humano. La verdadera Ciencia reside en el conocimiento de este vínculo, así como todos los éxitos, todos los triunfos en la vida. La Bondad está vinculada a las piernas, la Justicia a las manos, el Amor a la boca, la Sabiduría a los oídos, y los ojos a la Verdad. La Verdad pertenece al Espíritu, el Amor al Alma, la Sabiduría al Intelecto, la Bondad al Corazón, la Justicia a la Voluntad.

Ahora, podemos encontrar aún otra correspondencia con los cinco elementos. ¿Cuáles son estos cinco elementos? La tierra, el agua, el aire, el fuego y el éter. ¿Por qué se habla de quintaesencia? La quintaesencia es el quinto elemento, la quintaesencia (*quinta esencia)*; es la síntesis de los otros cuatro, su extracto más puro. La voluntad corresponde a la tierra, el corazón al agua, el intelecto al aire, el alma al fuego y el espíritu al éter.

Por su voluntad, su intelecto, su corazón, su alma, su espíritu, el hombre está, pues, en relación con los cinco elementos que trabajan en el cosmos y puede trabajar él mismo conscientemente en armonía con ellos. Este es el sentido del símbolo del doble pentagrama, el pequeño inscrito en el grande: el hombre, el microcosmos, vive y trabaja en el seno del Universo, el Macrocosmos, Dios.

Está dicho en las Escrituras que Dios ha

creado al hombre a su imagen. Puesto que el hombre, el «microcosmos», ha sido creado a imagen de Dios, posee los elementos y los materiales que existen en el «macrocosmos», las cualidades y las virtudes de Dios. Si, a pesar de esto, se muestra con frecuencia pobre y miserable, es porque no ha hecho nada para ajustarse, para adaptarse al modelo divino cuyo reflejo es. Para adaptarse debe conocer la ley de afinidad. ¿Cuál es esa ley? Supongamos que tenéis dos diapasones sintonizados en la misma longitud de onda: si hacéis vibrar uno de estos diapasones, el otro, incluso sin tocarlo, se pone también a vibrar. Se dice que hay resonancia. Así pues, si llegáis a hacer vibrar vuestro diapasón en la misma longitud de onda que el diapasón cósmico, éste os responderá.



Retomemos ahora la imagen del pentagrama en el que están situados el espíritu, el alma, el intelecto, el corazón y la voluntad. Si hacéis vibrar vuestro espíritu, el Espíritu Cósmico responderá. Si hacéis vibrar vuestra alma, el Alma Universal responderá, etc. Pero esto también puede suceder a la inversa: el Espíritu Cósmico o el Alma Universal vibra, y como vuestro espíritu, vuestra alma, están en afinidad con ellos, vibran también y reciben todos sus mensajes. O bien la Inteligencia Cósmica está propagando ciertas ideas, ciertos conocimientos, y vuestro intelecto, que está allí, sintonizado con ella, los recibe.

Supongamos también que mediante vuestro corazón enviáis mucho amor a toda la humanidad: el corazón universal os enviará también a vosotros mucho amor; de todas partes este amor vendrá hacia vosotros. Si mediante el pensamiento enviáis luz al mundo entero, contactáis con la sabiduría cósmica, la cual proyecta sobre vosotros tales rayos que quedáis deslumbrados. Y así sucesivamente... Así es como realmente os convertís en un pequeño pentagrama dentro del gran pentagrama: sabiendo mediante vuestro espíritu, vuestra alma, vuestro intelecto, vuestro corazón y vuestra voluntad, es como podéis entrar en contacto con los poderes correspondientes en el Universo.

Jesús ha dicho: «Sois los templos del Dios vivo». Pero los humanos están acostumbrados a ir a los templos de piedra y de madera, que no son vivos, y no se ocupan de este templo que es todo su ser. Desde luego, gracias al fervor de todos los fieles que están rezando desde hace siglos, estos edificios tienen, a pesar de todo, algo de vivo; pero esto no puede compararse con un ser humano que ha sabido reforzar su voluntad, purificar su corazón, iluminar su intelecto, ensanchar su alma y santificar su espíritu, pues un tal ser ha llegado a ser un verdadero templo. Y cuando sois un templo, cuando rezáis en vuestro templo, Dios os escucha y os atiende. Y si, al mismo tiempo, tenéis conciencia de estar en este otro templo, el Universo, llegáis a ser un ser completo, estáis en la plenitud. Es lo que expresa el símbolo del pequeño pentagrama dentro del gran pentagrama. El gran pentagrama es el Ser cósmico de luz, es el Cristo, y el hombre está en El. Sí, el pequeño templo dentro del gran templo, el microcosmos en el macrocosmos, esto es lo que debéis comprender...

Llegará un día en que las iglesias y los templos ya no serán útiles, porque los humanos empezarán a tomar conciencia de que están realmente en otro templo, el templo inmenso de la Naturaleza viviente; allí, el sacerdote que oficia es el Sol y las estrellas son las lamparillas... Esto

es lo que sucederá un día, os lo profetizo. Abandonaremos todos los templos construidos por los humanos y entraremos en el solo y único templo que Dios mismo ha construido: el Universo. En aquel momento estaremos en todas partes y siempre dentro de un templo para rogar al Señor, ya que estaremos a la vez en nuestro propio templo y en el gran templo del Universo.

II

El pentagrama es un símbolo enormemente extendido. No sólo ha sido adoptado por numerosas sociedades ocultas y desempeñado un gran papel en los tratados de magia, sino que se le ve un poco por todas partes, desde las banderas de numerosos países y las condecoraciones militares, hasta las ferias y los music-halls; algunos lo llevan como aderezo sobre joyas o colgantes; está de tal manera extendido que nadie se pregunta ya lo que representa.

No es bueno llevar tales símbolos cuando no están vivificados, es decir, cuando no corresponden a nada en la vida, cuando el que les lleva no les vincula a una idea, a un pensamiento, a una virtud. Llevar joyas iniciáticas puede ser útil y benéfico si se cumplen ciertas condiciones, si no, se corren riesgos. Espíritus del mundo astral son atraídos por los pentáculos*, pero si

* No confundir pantáculo (del griego «*panta*»: todo) que designa de una forma general toda forma de talismán, y pentáculo (del griego «*penta*»: cinco), que es sinónimo de pentagrama.

sienten que el hombre no practica las virtudes correspondientes a los símbolos que lleva, se encarnizan con él. ¡Cuánta gente, e incluso ocultistas, que se han servido de talismanes, han visto su vida trastornada por fuerzas invisibles de las que no podían protegerse! Hay personas que compran talismanes para atraer hacia sí a un amante infiel, o para alcanzar éxitos, sin darse cuenta de que están precipitándose de cabeza en grandes complicaciones.

Yo no pretendo impedir que los fabricantes y vendedores de pentáculos hagan negocio, pero quiero llamar vuestra atención sobre el sentido, el valor, la fuerza de estos signos, con el fin de que no os veáis tentados por experiencias peligrosas. Los símbolos están siempre unidos a entidades, y los hombres que se sirven de ellos entran en contacto con estas entidades y hacen con ellas contratos que pueden costarles muy caro. Al mundo invisible no le gusta ser tratado a la ligera, acepta ser molestado e incluso le gusta que se recurra a él, pero sólo a condición de que sea para realizar un elevado ideal, para el servicio de la Causa divina.

No tenemos el derecho de manipular los símbolos sin tener de ellos un conocimiento exacto. Cada símbolo es un signo convencional en la Naturaleza, y si los humanos no saben lo que significa este signo, los espíritus de la Naturaleza

sí lo saben. ¡Entonces, atención! Cuando presentáis el símbolo del pentagrama, es como una orden, un signo para que se desencadenen ciertas energías. Por eso conviene trabajar conscientemente con este símbolo, y, en particular, colocarlo correctamente, es decir, con el vértice hacia arriba.

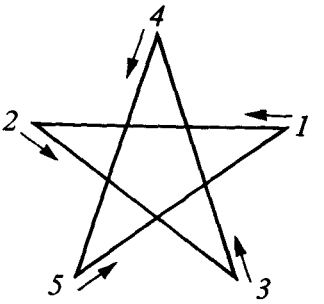
El pentagrama con el vértice hacia arriba, es el hombre cuyo pensamiento está dirigido hacia Dios, el hombre que quiere trabajar por la gloria de Dios; todas las demás actividades, representadas por los brazos y las piernas, están subordinadas a este trabajo de servicio a la Divinidad. Si invertís el pentagrama, el hombre con la cabeza hacia abajo, no se ajusta ya al orden divino, lo que es exactamente la actitud del Diablo. ¿Por qué se ha tomado la cabeza del macho cabrío como símbolo del Diablo? Porque con sus cuernos, sus orejas y su barba, esta cabeza tiene la forma del pentagrama invertido.

Por consiguiente, atención a la manera cómo dibujáis o colocáis un pentagrama, pues es un signo tremendamente poderoso. El número cinco es el del sefirot Geburah en el que se encuentra el planeta Marte. Geburah es el poder, la fuerza que rechaza a los enemigos, que protege. Por eso los magos colocaban frecuentemente un pentagrama a la entrada de su casa para prohibir con ello la entrada a los espíritus

infernales, pero también para evitar que salieran los buenos espíritus. Evidentemente, no basta con colocar un pentagrama a la entrada de la casa para estar protegido. Para que este símbolo sea verdaderamente eficaz, hay que esforzarse en llegar a ser uno mismo interiormente un pentagrama. El pentagrama es, si queréis, el esqueleto de un espíritu del plano astral. Si le dais vida, este espíritu es como un perro que guarda la entrada contra las entidades maléficas, y no podéis vivificarlo más que con vuestra propia vida. Si Jesús poseía el poder de expulsar los demonios, de rechazar a las fuerzas del mal, es porque él mismo era el pentagrama viviente.

Cuando tengáis que dibujar este símbolo, hacedlo con la conciencia de lo que representa, para que sus vibraciones benéficas atraviesen el espacio y os sean devueltas amplificadas; es así como avanzaréis en el camino de la perfección. Por la noche, por ejemplo, antes de acostaros, para dormiros en las mejores condiciones de paz y de armonía, podéis también trazar el pentagrama en el aire con vuestra mano derecha siguiendo este trazado.

Los métodos de nuestra Enseñanza son sencillos, utilizadlos. Sé que muchos preferirían oír hablar de talismanes en los que se graban signos, fórmulas mágicas, encantamientos con palabras incomprensibles... No se dan cuenta



cuán peligroso es lo que piden. Es preciso estar muy avanzado y ser muy puro para entrar en el dominio de la alta magia.

V

LA PIRÁMIDE

No se puede comprender la estructura del ser humano si no se conoce la estructura del Universo, y no se puede comprender la estructura del Universo si no se conoce la estructura del ser humano. Por su inteligencia, su sensibilidad y su voluntad, el hombre se manifiesta como espíritu, alma y cuerpo físico: es la prueba de que existe en los tres mundos, divino, espiritual y físico. En el curso de sus meditaciones, los Iniciados han constatado siempre esta estructura ternaria y han encontrado en ella una clave esencial. Todo está construido según este esquema, todo imita y refleja esta realidad en los tres mundos: el mundo divino, el mundo espiritual y el mundo físico, o el mundo de los principios, el de las leyes y el de los hechos.

Hay un número incalculable de hechos, de fenómenos; estos hechos están regidos por leyes en menor cantidad; y estas leyes están regidas por algunos principios que, en realidad, se redu-

cen a uno: Dios mismo. El mundo de los hechos es el mundo de la dispersión, mientras que el mundo divino es el mundo de la unidad. Cuando los humanos se quejan de sentirse en la obscuridad y el caos, es simplemente porque no tienen en cuenta la existencia de estos tres mundos y de su jerarquización. Mientras se permanezca abajo, al nivel de los hechos, de los acontecimientos, nunca se llegará a ver claro ni a dominar la situación. Para tener una visión clara de las cosas e incluso para obrar, para crear, hay que elevarse mediante el pensamiento hasta alcanzar esta región de los principios, esta cumbre en la que reina el Espíritu.

¿Por qué los grandes Iniciados de Egipto eligieron para sus monumentos la forma de pirámide, con sus líneas que se aproximan elevándose hasta unirse en el vértice? Pues precisamente nosotros tenemos que aprender a buscar ese punto, la cima. Mucha gente ha escrito sobre las pirámides, pero, ¿de qué se han ocupado? De la construcción de esos inmensos bloques de piedra que han logrado unir sin cemento, de la dimensión de los pasillos y de las salas, de las que han hecho planos y croquis detallados con todos los objetos que contienen, etc... Han observado la situación de aberturas en relación a los puntos cardinales o a ciertas constelaciones, y verdaderamente sus libros tienen una riqueza y una eru-

dición fantásticas. Pues bien, yo no conozco nada de todos estos detalles, he dejado este aspecto a los arqueólogos, pero he intentado escuchar lo que dice la pirámide. Y, ¿sabéis lo que me dice? ¡Oh, muchas cosas! Y, en particular, esto: que los políticos y los economistas no llegarán jamás a resolver los problemas internacionales mientras no hayan descifrado el mensaje de su estructura. ¿Estáis asombrados?... Pues sí, cada uno de ellos no se ocupa de otra cosa que de defender los intereses de su país: en estas condiciones nunca podrán comprenderse, porque se sitúan demasiado abajo en el ámbito de los hechos. No pueden entenderse, no se puede alcanzar la unidad si en su comprensión, en sus actitudes, no adoptan un punto de vista más elevado. Hay que ascender a un nivel de comprensión superior para encontrar las leyes que rigen las cosas, y aún más alto para encontrar los principios que gobiernan estas leyes, hasta alcanzar el principio supremo que abarca todo: el Espíritu eterno. Allí, todos se ven obligados a percibir la misma visión de su interés común.

Diréis que es imposible que todos piensen de la misma manera. Evidentemente, mientras que permanezcáis en el dominio de los hechos no podéis estar de acuerdo, veis incluso a los demás como seres distintos, hostiles, adversarios a quienes hay que combatir. Si os situáis más alto,

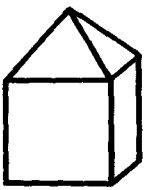
en el plano de los sentimientos, encontraréis a unos simpáticos, a otros antipáticos y podréis trabajar con unos pero no con otros. Es pues una región en la que aún se está dividido. Pero si conseguís elevaros al plano divino, al plano del espíritu, descubriréis que todos son hermanos y hermanas. Y es verdad, en este momento se comprende, se acepta todo y se deja de luchar.

La verdadera solución es, pues, que todos los seres comiencen a elevarse hacia la cima de la pirámide, al único punto desde donde se puede ver claramente. Desde la cumbre de una montaña se percibe el conjunto del panorama, pero a medida que se desciende se empieza a tener una visión parcial: el que está en una vertiente ve un aspecto del paisaje, el que está en otra ve un aspecto diferente y, finalmente, no viendo ninguno la misma cosa, pero estando persuadido cada cual de que posee la verdad, acaban por matarse mutuamente.

Si los Iniciados eligieron esta forma de la pirámide para sus santuarios, es porque quisieron que estas líneas que se juntan en el vértice, que suben hacia el sol, den a los humanos una lección de unidad. La pirámide es un símbolo de la jerarquización que existe en el Universo. Sea cual sea el ámbito en el que nos situemos, este símbolo de la pirámide puede ayudarnos a pasar del plano inferior de la multiplicidad y de la dis-

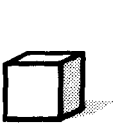
persión al plano superior de la unidad. Es esta visión, cada vez más desnuda, la que nos permitirá actuar divinamente. Así pues, hay que aprender a actuar según las líneas de la pirámide. Antes de sacar una conclusión y de decidirse a actuar, hay que subir para ver la situación desde la cima.

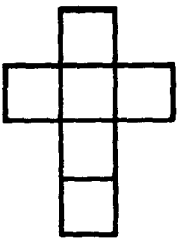
Estudiemos ahora con detalle la figura de la pirámide. La pirámide es un cubo al que se sobreponen cuatro caras triangulares.



Simbólicamente el cubo es idéntico al cuadrado, es el 4, el número de la materia, de los cuatro elementos. El cubo representa todo lo que está establecido de una manera sólida y duradera en la materia. Es por lo que se representa a menudo a los monarcas, a los faraones egipcios, por ejemplo, sentados sobre una piedra cúbica, símbolo de la estabilidad de su reino. En el espacio de dos dimensiones el cubo da la cruz, y si las iglesias cristianas están generalmente construidas en forma de cruz, es justamente por-

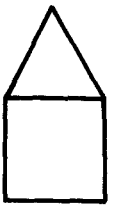
que la cruz es la extensión de la piedra cúbica: la iglesia debía representar la implantación duradera de la religión de Cristo sobre la Tierra.

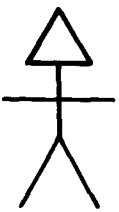




En tanto que figura enteramente cerrada, el cubo simboliza la limitación, la prisión. Por eso la cruz engendrada por el cubo significa también limitación, sufrimiento. Pero el cubo no es más que la base de la pirámide y esta base soporta cuatro triángulos. Con relación al cuadrado, símbolo de la materia, el triángulo es el símbolo del espíritu, siendo tres el número de los principios divinos: luz, calor y vida. El cuatro es la materia, el tres el espíritu y cuatro más tres suman siete. Pero vosotros, ¿sabéis que sois también el siete? Vuestra cabeza es el tres, los dos brazos y las dos piernas son el cuatro, y el tres está situado por encima del cuatro. El tres se une al cuatro para formar un ser viviente. Mientras que cuando el tres está solo, vuela por el aire. Todos habéis visto treses que vuelan en los cuadros de algunos pintores antiguos. Sí, angeli-

tos... No tienen cuerpo, sino sólo una cabeza; es el tres, es decir, ¡el espíritu que vuela! Cuando el tres aún no se ha realizado en la materia, planea en lo alto, es una idea. Cuando tenéis una idea, es el tres. Al realizarla aquí, en la materia, se convierte en el cuatro; los dos juntos dan el siete, y el siete, es el ser humano.





El siete es el símbolo del hombre perfecto... Perfecto en el sentido de que expresa la totalidad del ser humano: espíritu y materia. Por eso los Iniciados dicen que el hombre es la llave del Universo. ¿Qué es una llave? En numerosos dibujos iniciáticos, se ve a ciertos personajes sosteniendo una llave que tiene la forma de una cruz coronada por un triángulo. Es el mismo símbolo que la pirámide: el cuatro con el tres encima, la materia dominada por el espíritu.

VI

LA CRUZ

I

Los cristianos han hecho de la cruz el símbolo de su religión. Cuando veis a alguien que lleva una cruz al cuello, sabéis enseguida que es cristiano. Llevando esta cruz, piensa afirmar su fe, asegurarse la protección del Cielo o favorecer su evolución. Pues bien, no; las cruces no han salvado jamás a los hombres de sus enfermedades o de sus pecados. Si uno no tiene nada bueno en su cabeza o en su corazón, no es una cruz la que le va a transformar o proteger. Cuentan toda clase de historias a propósito de cruces que han puesto en fuga a los diablos. ¡Figuraos! Sólo en las leyendas la cruz expulsa a los demonios. Al diablo no le molesta penetrar en las iglesias, en las que se hallan a la vista de todos hermosísimas cruces de oro ornadas con piedras preciosas. ¡Y cuántos curas y obispos que pasean cruces ante los fieles brindan, en realidad, con todos los diablos!

El cristianismo ha asociado la cruz a la

muerte de Jesús, pero este símbolo existía mucho antes que él. Lo encontramos en las más antiguas civilizaciones y religiones: en Mesopotamia, en Egipto, en China, etc... ¿Dónde ha nacido este símbolo? ¿quién lo ha inventado? Nadie lo ha inventado, existe en la Naturaleza.

Mirad los movimientos del agua y del fuego. El agua fluye, se desliza, se esparce; sigue la línea horizontal. Mientras que el fuego se eleva, sube; toma la dirección vertical. El fuego, la línea vertical, y el agua, la línea horizontal, son la expresión de los dos principios masculino y femenino, positivo y negativo, que trabajan juntos en el Universo. Para comprender verdaderamente la cruz, es preciso comprender la naturaleza y el trabajo de los dos principios representados por el fuego y el agua; id a poner agua en el fuego, simbólicamente hablando, y el fuego se apagará; poned fuego en el agua, y el agua se evaporará. Si sabéis tener en cuenta la naturaleza de estos dos elementos, obraréis sabiamente: pondréis el agua en un recipiente y encenderéis el fuego debajo; el fuego va a exaltar el agua y obtendréis así una energía considerable, gracias a la cual podréis accionar máquinas y poner en movimiento al mundo entero. Gracias a la separación impuesta entre ambos, no se destruirán mutuamente. Es preciso aprender cómo hacer trabajar juntos lo masculino y lo femenino, lo

activo y lo pasivo, lo emisivo y lo receptivo, el espíritu y la materia, el hombre y la mujer, el intelecto y el corazón, la sabiduría y el amor.

La cruz representa, pues, los dos principios masculino y femenino que se encuentran para trabajar juntos en el Universo. Pero este trabajo se hace a partir de un centro: el punto de intersección de los dos brazos de la cruz. Este centro reúne las fuerzas, las mantiene unidas; sin él, todo se esparciría sobre el disco a partir del momento en que la cruz comenzase a girar. Pues la cruz gira, y al girar sus brazos trazan un círculo, símbolo del Sol. La cruz en movimiento, es la esvástica. Este movimiento puede producirse hacia la derecha (el extremo de los brazos gira entonces hacia la izquierda) o bien hacia la izquierda (los extremos dan vueltas hacia la derecha).

La cruz que gira hacia la derecha significa que se atornilla, que se aprieta, que se impide la manifestación de las energías: se las mantiene en estado estático para dominarlas. Es el símbolo de la espiritualidad que frena el curso de las

fuerzas físicas. De ello tenemos un ejemplo en los yoguis que, manteniendo su cuerpo inmóvil, «atornillan» su naturaleza inferior a fin de que se manifiesten las energías de su naturaleza superior y divina, pues no podemos acercarnos al mundo divino más que disminuyendo el movimiento y la actividad del cuerpo físico. Girando hacia el otro sentido, la esvástica significa que se desatornilla, que se sueltan los frenos para desencadenar energías físicas e instintivas y que se cierra así el paso a las fuerzas sublimes del espíritu : uno se abandona al lado mecánico, terrestre, para ser exclusivamente poderoso en la materia.

Otra representación de la cruz en movimiento nos ha sido dada por la primera letra del alfabeto hebraico : ℵ aleph. La cruz cuyos brazos son oblicuos entre sí, está en actividad. La cruz cuyos brazos forman un ángulo recto está inmóvil, estática.

La cruz es el pantáculo de mayor profundidad; representa al hombre en sí mismo. Cuando se dibuja una cruz o se hace el signo de la cruz, se debe comprender al ser humano, síntesis de los dos principios masculino (espíritu o intelecto) y femenino (alma o corazón). La unión de estos dos principios produce el movimiento. Sí, cuando unimos el pensamiento al sentimiento, nace el movimiento o la acción. El movimiento

de la cruz genera un círculo, el Sol; y cuanto más intenso es el movimiento, más luminoso es el Sol. El Sol reúne en sí los dos principios, él es la cruz en movimiento.

Y cuando dos brazos de la cruz, es decir, un hombre y una mujer, se encuentran, ¿qué hacen? Están uniendo el agua y el fuego. Si no saben cómo hacerlo, entonces el agua, la mujer, va a evaporarse y el fuego, el hombre, a apagarse. Porque el fuego y el agua pueden destruirse, si han llegado a la conclusión de que son enemigos. Aparentemente, es verdad, los hombres y las mujeres no dejan de luchar unos contra otros, y lo que la mayoría de la gente llama amor no es más que una guerra encarnizada entre los sexos. Esta guerra existe porque no han comprendido el símbolo de la cruz para crear juntos el movimiento: la vida.

Si los hombres y las mujeres se buscan es que hay una razón, y hay que encontrarla. Esta razón es que son los representantes de dos grandes principios cósmicos que crean la vida. Pero para crear verdaderamente la vida, en lugar de destruirla, deben encontrarse y hacer intercambios de una manera nueva. Ya os lo he dicho: no es preciso que el agua y el fuego entren directamente en contacto: el agua debe ser vertida en un recipiente y situada encima del fuego.

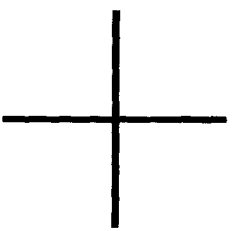
Esta ley es válida para todas las personas que

encontréis. Depende de vosotros que os destruyáis mutuamente o que lleguéis a crear una fuerza benéfica para el Universo entero. Podéis uniros y amar a los seres, pero mediante el pensamiento aprended a conservar una cierta distancia. La distancia es el recipiente, ¡la cazuela!

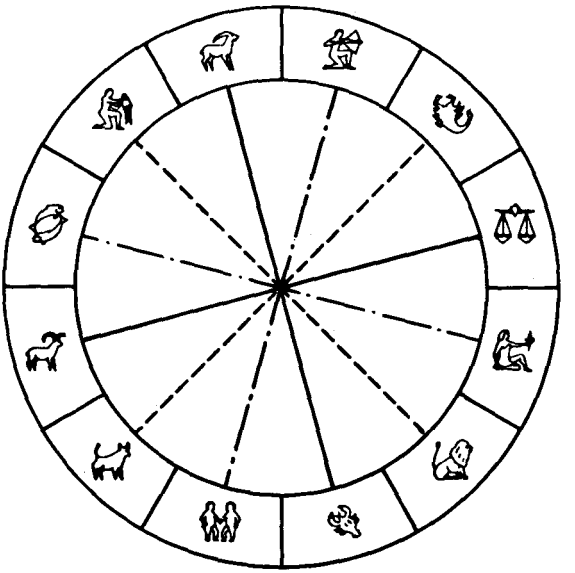
La cuestión del amor es la más difícil de comprender y de resolver; pasarán siglos antes de que los humanos lleguen a resolver este problema, y sin embargo está explicado todo con respecto a este tema por el símbolo de la cruz. No os asombréis si lo que os he dicho hoy sobre la cruz no se corresponde con lo que habéis leído u oído hasta ahora. No quiero oponerme a los cristianos, quiero sólo ampliar su comprensión explicándoles la enseñanza de Cristo a través de la cruz, este símbolo que representa la presencia y el trabajo de los dos principios en todo el Universo.

II

Ya os he dicho que no son los hombres quienes han inventado el símbolo de la cruz, sólo lo han encontrado observándolo en la Naturaleza. La cruz es el movimiento del agua y del fuego, y también las cuatro direcciones del espacio, los cuatro puntos cardinales: Norte-Sur, Este-Oeste.



También podemos observar que las constelaciones del zodíaco forman, de cuatro en cuatro, tres cruces. Son los ejes Aries-Libra y Cáncer-Capricornio; Leo-Acuario y Escorpio-Tauro; Sagitario-Géminis y Piscis-Virgo



En cada una de estas cruces volvemos a encontrar los cuatro elementos. Tomemos la primera: Aries-Libra y Cáncer-Capricornio. El eje Aries (signo de fuego)-Libra (signo de aire), representa el principio masculino, mientras que el eje Cáncer (signo de agua)-Capricornio (signo de tierra), representa el principio femenino. Lo mismo sucede con las otras dos cruces formadas por los ejes Leo (fuego)-Acuario (aire) y Escorpión (agua)-Tauro (tierra); Sagitario (fuego)-Géminis (aire) y Piscis (agua)-Virgo (tierra).

La cruz también representa las cuatro co-

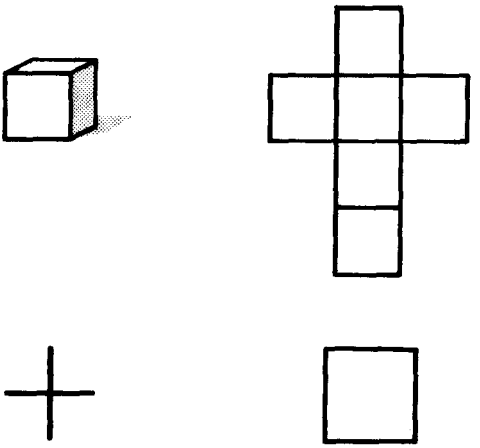
rrientes que recorren el espacio, de Norte a Sur y de Sur a Norte, de Este a Oeste y de Oeste a Este. A estas dos corrientes se añaden otras dos que van del cénit al nadir y a la inversa.

El hombre que está situado en el cruce de estas dos corrientes recibe sus influencias y debe saber trabajar con ellas.

El Universo entero es una cruz, y el hombre, cuando extiende sus brazos, también forma una cruz. La cruz cósmica está formada por dos brazos iguales, pero encontramos numerosas variantes. El brazo vertical puede ser más largo, lo que significa que el elemento masculino está más desarrollado que el elemento femenino. La barra horizontal puede ser también doble o triple. Es interesante observar que no encontramos nunca una doble línea vertical porque sólo la materia, el principio femenino, es múltiple; el espíritu, el principio masculino, simbolizado por la verticalidad, es uno.

Hasta aquí hemos estudiado la cruz en el espacio de una dimensión +, pero podemos también representarla en el espacio de dos dimensiones. La cruz de dos dimensiones es el desarrollo en superficie plana de un cubo. El cubo está formado por seis caras cuadradas.

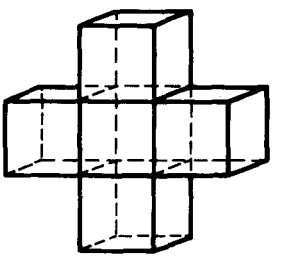
Es interesante observar la relación de la cruz y del cuadrado, relación fundada sobre el hecho de que tienen en común el número cuatro.



El Maestro Peter Deunov decía: El número cuatro es el proceso divino mediante el cual nuestros pensamientos y nuestros sentimientos se tamizan en este mundo». El número cuatro es, pues, el número de la purificación, es el gran tamiz que purifica todo. Y puesto que es el número de la purificación, es también el del sufrimiento: porque el sufrimiento es frecuentemente el único medio de purificación. Cuando sufrís, es debido a que se os hace pasar a través de las mallas de un tamiz. El número cuatro es el de la pureza, el del sufrimiento y el de la limitación: el de la limitación en el plano físico (mirad cómo la figura del cuadrado da una impresión de reclusión, de encierro, incluso de

encarcelamiento), el del sufrimiento en el plano astral y el de la pureza en el plano mental. En esta prisión, que es nuestro cuerpo físico, estamos encerrados y sufrimos, pero sufrimos para ser purificados; una vez puros, seremos libres, saldremos de la prisión.

Estudiemos ahora la cruz de tres dimensiones; vais a ver de qué manera se nos va a revelar rica en significados. Esta cruz que tiene longitud, anchura y profundidad, está compuesta de cinco cubos.



La cara anterior y la cara posterior de esta cruz tienen cada una cinco cuadrados, lo que suma diez. Añadidos a los doce cuadrados del contorno, hacen veintidós. Estas veintidós caras corresponden a las veintidós letras del alfabeto hebraico, que representan los veintidós elementos mediante los cuales la Cábala nos enseña que Dios ha creado el mundo.

En realidad, otros números significativos están representados por la cruz.
el uno: la propia cruz, el todo.
El dos: los dos brazos, horizontal y vertical, la longitud y la anchura, las dos dimensiones.
El tres: la longitud, la anchura y la profundidad, las tres dimensiones.
El cuatro: las cuatro direcciones de los brazos.
El cinco: los cinco cuadrados de dos caras, es decir, el pentagrama en la luz y el pentagrama en la sombra.
El seis: los cuadrados horizontales formando el arriba y el abajo de la cruz alzada.
El siete: los cuadrados formando cada uno de los dos brazos desarrollados en superficie plana.
El ocho: todos los cuadrados formando el brazo horizontal desarrollado en superficie plana.
El nueve: los cinco cubos y las cuatro direcciones.
El diez: la suma de los cuadrados del anverso y del reverso.
El once: los seis cuadrados horizontales de arriba y de abajo añadidos a los cinco cuadrados de una de las dos caras.
El doce: los cuadrados del contorno de la cruz yacente.

Podemos, pues, constatar que los números no están separados unos de otros, que no son entidades aisladas totalmente, sino siempre

aspectos del Todo. Lo mismo sucede con el hombre. En tanto que ser, es uno. Es dos cuando se le estudia como constituido de materia y de espíritu. Tres, cuando se le divide en espíritu, alma y cuerpo, y se le considera como un ser que piensa (intelecto), que siente (corazón) y que actúa (voluntad). Es el cuatro en tanto que está compuesto de cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Es el cinco cuando, con los brazos abiertos y las piernas separadas, se inscribe en el pentagrama, símbolo de las cinco virtudes: justicia, bondad, amor, sabiduría, verdad. Añadid la columna vertebral y ya tenéis el seis. Hay siete cuerpos: físico, etérico, astral, mental, causal, búdico, átmico. Podríamos todavía dividirlo en diez, como los cabalistas, o en doce como los astrólogos... Pero el hombre siempre es uno. Asimismo los números son aspectos de la unidad, es imposible separar unos de otros; representan el Todo visto desde diferentes ángulos.

Esta verdad está inscrita en la cruz de tres dimensiones. Los cabalistas han conseguido condensar una gran ciencia en este símbolo. Han observado la Creación y han descubierto que la cruz es la base. La cruz de tres dimensiones simboliza la Creación en el plano de la Manifestación (figura 3). La cruz de dos dimensiones (figura 2) expresa la misma idea en el plano espiritual, y la cruz de una dimensión (figura 1) en el

plano del pensamiento. La figura 1 esquematiza la figura 2 que es el resumen de la figura 3. Para los Iniciados, la verdadera cruz es la piedra cúbica, símbolo de la realización en la materia.

Fig. 1

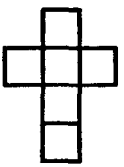


Fig. 2

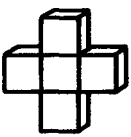
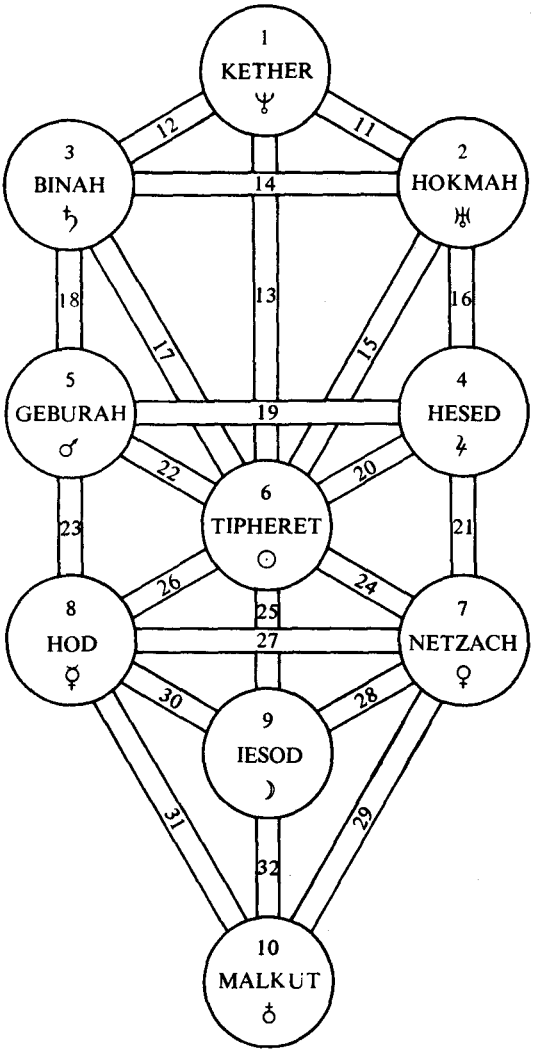


Fig. 3

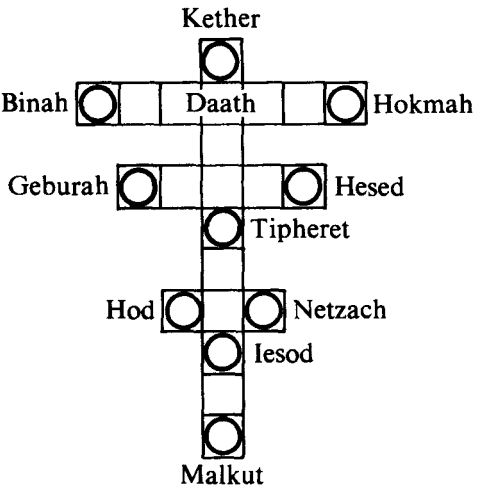
En la cruz de tres dimensiones los Iniciados inscriben las veintidós letras hebraicas, pero también los planetas, los sefirots, todos los elementos de la Cábala y el que sabe mezclar y combinar las letras y los signos puede obrar sobre los espíritus de la Naturaleza.

Fijémonos ahora en el Arbol sefirótico.

También él se asemeja a una cruz que estaría compuesta de veintidós caras. Os he hablado ya de los diez sefirots, de su naturaleza, de su sentido, de sus correspondencias con el hombre, con las virtudes, las energías cósmicas, los siete planetas y los cuatro elementos. En el cuadrado situado debajo de Kether los cabalistas sitúan a la séfira Daath, misteriosa, oculta, que representa al conocimiento divino que nace de la unión de Binah y Hokmah. Los sefirots están unidos entre sí por veintidós senderos.



Arbol sefirótico



La cruz encuentra su equivalencia en muchos otros símbolos, como las esfinges de los egipcios, por ejemplo, que tenían cabeza de hombre, cuerpo de toro, garras de león y alas de águila. Estos cuatro animales representan la cruz formada por los dos ejes Leo-Acuario y Escorpio-Tauro. Según la tradición, en tiempos muy remotos, antes de la caída del Hombre, era el águila la que ocupaba en el Zodíaco el lugar de Escorpión. La esfinge es, por lo tanto, una representación de los cuatro elementos, los cuales son igualmente mencionados en el Apocalipsis bajo la forma de los cuatro Animales de Santidad, *hayot ha kodesh,* o Serafines, que permanecen ante el Trono de Dios y que día y noche no cesan de cantar: «Santo, Santo, Santo es el

Señor, Dios Todopoderoso». La esfinge es la cruz, y la cruz es la raíz de la materia, los cuatro elementos.

Los primeros Padres de la Iglesia, que estaban iniciados en la ciencia egipcia y no querían que se perdiera, atribuyeron a cada uno de los cuatro evangelistas una de las figuras que componen la esfinge: a san Mateo el toro, a san Marcos el león, a san Lucas el hombre y a san Juan el águila. La esfinge está también en relación con los cuatro puntos cardinales. Podéis trabajar con estas cuatro direcciones del espacio: os volvéis sucesivamente hacia cada una de ellas pronunciando fórmulas, uniéndoos a los cuatro Arcángeles que abren las puertas de estas cuatro direcciones: Miguel, al Este, Rafael, al Sur, Gabriel, al Oeste, y Uriel, al Norte. Cuando comprendáis la cruz viviente, todas las cosas empezarán a hablaros.

La cruz es, pues, un símbolo cósmico que hay que estudiar y considerar con el mayor respeto. Es bueno llevar encima una cruz, pero a condición de comprender su sentido, si no el símbolo trabaja contra la persona que lo lleva. Ante una cruz, todos los seres evolucionados sienten un estremecimiento sagrado, pero antes de llevarla tratan de profundizar en su sentido, pues saben que el que lleva una cruz sin hacer ningún esfuerzo para comprenderla y vivificarla

en sí mismo, camina hacia el sufrimiento y la muerte. ¿No se dice cuando un asunto está irremediablemente comprometido, perdido: «Sólo falta ponerle una cruz encima»? El que no sabe llevar la cruz será aniquilado por ella, se convertirá para él en una carga aplastante.

Pero no hay que asociar necesariamente la cruz con la muerte y el sufrimiento, porque demostraría que no se ha comprendido el significado profundo de la cruz, que representa la totalidad de la Creación, la Naturaleza y el Hombre mismo. Si no comprendéis a alguien de los que os rodean, ¡cuántas desgracias os esperan! Si lo comprendéis, ¡cuántas bendiciones os proporcionará su proximidad! Si ignoráis que el fuego puede quemaros, provocaréis catástrofes al manipularlo imprudentemente. Si lo conocéis, ¡cuántos beneficios extraeréis de él! Toda cosa, todo ser con el que no sabemos actuar y armonizarnos, nos resulta nefasto; lo mismo sucede con los talismanes, pantáculos y símbolos; y asimismo con el amor.

¿Creéis conocer el amor? ¡Ah, no! Os engañáis, el amor tiene grados y es importante comprenderlo cada día un poco mejor. Creer que se le ha comprendido es detener su evolución y detener su evolución corresponde a morir. Es preciso saber que en el tema del amor se debe aprender sin cesar, aprender siempre. Lo mismo

sucede con el tema de la cruz. ¿Pensáis que la conocéis? No, si todavía no habéis empezado a llevarla interiormente, no os habla. Desde hace años trabajáis con la cruz, pero los metales viles que hay en vosotros (los instintos inferiores), no se han fundido; esta es la prueba de que no conocéis todavía la piedra cúbica.¿Qué es vuestro amor si no sabe fundir los metales? Para captar la ley que permite la fusión de los metales, hay que comprender la cruz, hay que poseer la piedra cúbica.

III

El cristianismo hace particularmente hincapié en la crucifixión de Jesús. Desde luego, es positivo unirse a la pasión y a la muerte de Jesús para comprender la grandeza de su sacrificio. Algunos místicos han sentido tan intensamente el horror de su suplicio que han aparecido estigmas en sus cuerpos. Eran seres excepcionales, capaces de una abnegación tal que llegaban a revivir los sufrimientos de Jesús, registrados en los archivos del Cosmos. Pues existe una biblioteca universal que se llama el Registro Akásico, y los acontecimientos de la vida de los Grandes Maestros permanecen inscritos en esta biblioteca a disposición de los que deseen conocerlos.

Sí, lo que los grandes Maestros y los mensajeros del Cielo han vivido de dramático y de feliz, de luminoso, de inspirado, pertenece a todas las almas humanas que tienen amor por ellos. Algunos quieren revivir lo que fue oscuro y doloroso en la vida de los Maestros; que lo

hagan, es una actitud generosa, se unen a su sacrificio para la salvación del género humano. Pero los que han atravesado varias veces estos sufrimientos, ya no sienten la necesidad de revivir la crucifixión de Cristo. El símbolo de la cruz extendida por todas partes aún no ha sido plenamente comprendido: no se ve a través de él otra cosa que al Cristo, débil, agonizante, víctima escarnecida por los hombres; en todas las iglesias los fieles contemplan el crucifijo, pero olvidan unirse al otro símbolo, que es más poderoso, más saludable: la gloria del Cristo resucitado.

Jesús ha muerto para el viejo mundo, para todos aquellos que tienen deudas que pagar, faltas que reparar. Y, sin embargo, la muerte de Jesús no impresiona a los seres sin conciencia, sin luz, no se sienten aludidos por el hecho de que Jesús haya muerto por ellos hace dos mil años en la cruz. Esta muerte sólo representa algo para los que ya han sufrido mucho y sufren aún. Pero éstos, deberían fijarse en la resurrección; deben tratar de resucitar y de no sufrir más. El sufrimiento no es un fin en sí mismo. Jesús ha sufrido, desde luego, pero luego resucitó. Y, ¿qué significa resucitar? En ruso, resurrección se dice «Voskressénié», y en búlgaro «veuzkressénié», lo que significa: salida de la cruz. ¿Cómo explicar esta etimología?

La cruz es el crisol de los alquimistas (ade-

más la palabra crisol viene de la palabra cruz). La alquimia es un trabajo de transformación de la materia. En el crisol, el alquimista pone la materia prima que, en primer lugar, muere y se pudre; esta operación corresponde al color negro. Seguidamente, la materia se disuelve y se purifica: entonces se vuelve blanca. Después se produce la destilación y la unión, y la materia pasa a ser roja. Finalmente, se produce la sublimación: el color oro. Estas operaciones deben ser interpretadas como diferentes etapas de la vida interior. El trabajo que el alquimista realiza sobre la materia en el crisol es, en realidad, el trabajo espiritual que el discípulo debe realizar en ese crisol que es su cuerpo. La materia «resucitada» sale del crisol transformada en oro: el hombre resucitado sale de la cruz. Jesús decía: «si no morís, no viviréis». Esta frase puede ser considerada como un resumen del trabajo alquímico. Y él mismo nos ha dado el ejemplo de ello: ha muerto y ha resucitado.

En la nueva vida que Cristo nos propone ahora, no se preconiza entretenerse en el suplicio de la cruz, pues Cristo se manifiesta también mediante la belleza, la alegría, la luz. Estad tranquilos, Jesús no se disgustará porque no os fijéis en su martirio. Quiere hombres nuevos que se concentren en la luz, la belleza, la gloria de Cristo... ¡Cómo sería esta luz de bella cuando Jesús

se transfiguró en el monte Tabor ante sus discípulos, que cayeron, rostro en tierra, deslumbrados de tanto esplendor!

En la nueva cultura, lo que alimentará nuestra vida interior será este pensamiento de la gloria de Cristo. Dios se alegrará al ver que dejamos de preferir el lado negativo, de besar el polvo y arrodillarnos ante las tumbas, pues nos aguarda un porvenir más grandioso. Y si hay muertos de los que ocuparse, no son los del cementerio, sino los que están enterrados en nuestro fuero interno: nuestros viejos hábitos, nuestras viejas concepciones erróneas. ¡Estos son los muertos a los que hay que buscar para acabar con ellos!

Pero trasladémonos con el pensamiento por un instante a la época de la pasión de Cristo, a aquellos acontecimientos formidables en el curso de los cuales una chispa descendió a la materia para darle un nuevo impulso. Jesús no encontró en su tiempo condiciones favorables para manifestar plenamente su saber y su poder. Es lo que el maestro Peter Deunov expresó un día diciendo: «En aquel tiempo el Cristo era pequeño, por eso se le crucificó. Pero ahora, cuando vuelva el Cristo, ya no se le podrá crucificar, no habrá árbol bastante grande para hacerle una cruz. Alegrémonos, pues, de que Cristo se haya hecho más fuerte, pues ya no habrá cruz

para él». Ciertamente estaréis extrañados ante esta idea de que si Jesús fue crucificado, es porque era pequeño. Aquél que ha dicho: «Yo soy la luz del mundo... Yo soy la resurrección y la vida... Mi padre trabaja y yo trabajo con El...» no podía ser pequeño. Es verdad, pero os lo voy a explicar.

Pensemos en un niño. ¿Es pequeño el espíritu que se encarna en él? No, es grande, poderoso, pero el cuerpo en el que se introduce es el de un bebé, de modo que le es difícil penetrar ahí, instalarse para servirse de él y manifestar todas sus posibilidades. Cuando el espíritu del Cristo bajó a la Tierra era grande, tan grande como hoy. Pero su cuerpo era pequeño, es decir, que los que le rodeaban no pudieron dejarse penetrar con bastante profundidad por El. Y fue a causa de esta insuficiencia, de esta debilidad de los miembros del cuerpo del Cristo, incapaces de realizar su grandeza, su poder, su inmensidad, por lo que Jesús pudo ser crucificado. Desde luego, la multitud gritó: «¡Hosana!», en el momento en que penetraba en Jerusalén, pero cuando estaba en el huerto de Getsemaní, incluso sus discípulos le abandonaron. Es, por lo tanto, en sus discípulos donde Jesús se encontró sin fuerzas, es en ellos donde fue pequeño y no podía afrontar a los demás, mucho más numerosos y decididos a destruirle.

Ahora, a través de los siglos, el espíritu de Cristo se ha extendido, poco a poco, en el mundo entero. Ya no se le puede crucificar porque se ha encarnado en un Cuerpo Inmenso, acogido en los corazones y las inteligencias de millones de seres. No se les puede crucificar a todos. Es una forma de encarnación que hay que comprender. Para trabajar sobre la humanidad, un gran Maestro tiene necesidad de un cuerpo colectivo; algunos de sus discípulos son los ojos, las orejas o la boca de este organismo, otros, el corazón, el estómago, los pulmones, los brazos, las piernas... Mientras que no puede animar a un cuerpo colectivo, el Maestro es pequeño. A través de un cuerpo destartalado, animalesco, grosero, el espíritu encuentra grandes dificultades para expresarse en forma de amor, de sabiduría y de belleza.

El espíritu de un Maestro hace, pues, esfuerzos para encarnarse, no sólo en su propio cuerpo físico, sino también en el cuerpo colectivo de una comunidad espiritual a fin de desarrollarla y mejorarla. Pero este cuerpo colectivo debe, a su vez, esforzarse para ayudar al espíritu a encarnarse y manifestarse en él. Por eso, en lugar de fijarse en el cuerpo de Jesús clavado en una cruz, un cristiano debe tener como única preocupación el prepararse para llegar a ser una parcela purificada y luminosa de ese cuerpo colectivo

que el espíritu de Cristo trata de animar. Hace dos mil años Jesús murió crucificado, esto es un hecho, no podemos hacer nada para evitarlo, pero ahora es a nosotros a quienes corresponde reforzar el cuerpo de Cristo para que su espíritu continúe trabajando en la Tierra.

VII

LA CUADRATURA DEL CÍRCULO

Un árbol tiene raíces, tronco y ramas, pero no es verdaderamente un árbol hasta que el espíritu no comienza a trabajar en él para que produzca hojas, flores y frutos. Lo mismo ocurre con el ser humano. Posee un estómago, pulmones, cerebro, pero esto no basta para ser verdaderamente un ser humano. Como las raíces, el tronco y las ramas, estos órganos no son más que una forma material, un soporte a través del cual el espíritu debe trabajar para hacer nacer las hojas, las flores y los frutos; las hojas son para el estómago, las flores par los pulmones y los frutos para la cabeza.

El secreto está en poner el espíritu en todo lo que hacemos. El descenso del espíritu es comparable a la llegada de la primavera, que extrae del árbol todas las riquezas ocultas que contiene. Los hombres que no saben dejar que el espíritu trabaje en ellos se convierten en árboles secos; se les corta y se les echa al fuego... a no ser que

nos sirvamos de ellos como material de construcción. Los demás árboles, por el contrario, son cuidadosamente conservados y protegidos; se les alimenta, se les riega, se les defiende contra los parásitos. Algunos pretenden que se les proteja, que se les ayude sin haber dado ni flor ni fruto, y eso no es posible: nadie se ocupa de los árboles estériles. ¡E incluso el Cielo los abandona!

Después llega la estación en la que las hojas, las flores y los frutos caen. Pero quedan todavía las raíces, el tronco y las ramas, lo que nos muestra que el lado material, físico, es estable, inmutable, mientras que el lado espiritual no se manifiesta más que intermitentemente. En la primavera siguiente, en efecto, las hojas, las flores y los frutos aparecen de nuevo. Los que no han comprendido estas grandes leyes se lamentan, se desaniman o sacan conclusiones erróneas diciendo: puesto que es el lado material el que subsiste, esto es lo más importante. Se ha comprendido, ¿verdad?; el soporte material, el estómago, los pulmones, la cabeza, permanecen, mientras que las funciones son periódicas, como las flores, las hojas y los frutos.

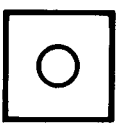
Pero ésta no es una razón para desanimarse o adoptar una filosofía materialista. En la vida espiritual las hojas, las flores y los frutos son las inspiraciones. Estas no se manifiestan más que

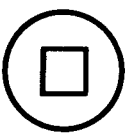
de vez en cuando, pero no os inquietéis, puesto que si la inspiración vino un momento a visitaros, ello prueba que volverá nuevamente. Lo que se ha producido una vez puede volver a producirse. Sois vosotros los que no sabéis favorecer el retorno de la inspiración. El espíritu es el más tenaz, el más fiel, pero está en movimiento. La materia está inmóvil, fija; esta inmovilidad es simbolizada por el cuadrado, mientras que el movimiento periódico, cíclico del espíritu es simbolizado por el círculo. La cuestión es saber cómo unir el círculo y el cuadrado.

En todo tiempo los geómetras han intentado resolver el problema de la cuadratura del círculo, es decir, construir un cuadrado que tenga la misma superficie que un círculo dado, y lo han considerado insoluble. Posiblemente lo resolverán un día, pero deben saber que los Iniciados hace mucho tiempo que han descubierto la solución porque han sabido observar la Naturaleza, y particularmente a los árboles, cuya madera se cubre periódicamente de hojas, de flores y de frutos. El espíritu viene periódicamente a hacer cierto trabajo, es el círculo, que es el símbolo del Universo ilimitado e infinito. Es en este círculo donde el cuadrado, la materia, puede florecer y fructificar en cada vuelta del espíritu. Cuando el árbol, vivificado por el espíritu, lleva los frutos del espíritu, ha resuelto la cuadratura del círcu-

lo. Así pues, siempre llega un momento en que el cuadrado y el círculo coinciden.

¡Cuánta gente pretende ser espiritualista! Pero los miro y, en realidad, veo un cuadrado inmenso con un círculo muy pequeñito dentro. Aquél cuyo círculo está dentro del cuadrado camina taconeando fuertemente y lastimando la tierra. Mientras que el que tiene el círculo en el exterior no camina, vuela. La Tierra le conoce, no lanza suspiros a su paso, e incluso le gusta sentirlo pasar. Pues la Tierra es sensible y consciente.





Cuando no estamos inspirados somos como el árbol en invierno, pero hay que saber que las inspiraciones llegan periódicamente como la floración del árbol: en primavera, cuando hay condiciones para ello. Depende de nosotros el crear en nuestra alma las condiciones de la primavera. ¿Y cómo? Por el amor. Es el amor el que crea la primavera en el hombre, pero no cualquier clase de amor: el amor espiritual. El espíritu no admite que le dirijan, sopla donde quiere, tal como se ha dicho en los Evangelios: «El viento

sopla donde quiere y tú oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene, ni adónde va...» Pero mediante el amor nosotros creamos las condiciones para su venida.

Cuando el árbol vuelve a florecer después del invierno, se pone vestidos nuevos, adornos nuevos. Todos están felices y van a contemplarlo. Lo mismo ocurre con el hombre. ¿Por qué en algunos momentos amáis a alguien más que a los demás? Porque ha florecido. El tiene el mismo estómago, los mismos pulmones, la misma cabeza que antes, pero lo encontráis adorable porque se ha cubierto de hojas, de flores y de frutos. No se ama a los árboles fríos y desnudos. Así pues, si sentís que no os aman, deciros a vosotros mismos: «Estoy en un período en el que mis flores, mis hojas y mis frutos han caído. ¿Me debo suicidar por esto? No. Trabajaré para que vuelva la primavera». Desanimaros es no comprender que la vida es un movimiento perpetuo. ¿Por qué queréis detener este movimiento? Incluso si actualmente estáis pasando el invierno, tened confianza, el espíritu volverá, las hojas reaparecerán. Si no tenéis la paciencia de esperar el retorno de las estaciones, si no sabéis que el cuadrado se encuentra en el interior del círculo y no en el exterior, es que no habéis comprendido nada de la verdadera filosofía.

Meditad a menudo en la historia del árbol.

Puesto que la inspiración viene periódicamente, pensad en prepararle las condiciones idóneas mediante el trabajo de vuestro intelecto, de vuestro corazón y de vuestra voluntad. Pero sabed también que, como siguen itinerarios diferentes, el intelecto, el corazón y la voluntad no llegan juntos al mismo punto.

El lado físico es tenaz, pero el lado espiritual es también resistente. La prueba está en que si destruís el cuerpo físico, vuestros cuerpos sutiles (los cuerpos etérico, astral, mental, causal, búdico, átmico) continúan subsistiendo. Si destruís la casa, (el cuadrado), el círculo permanece indestructible. Sea como sea, es imposible destruir el círculo, porque nos rodea. Es el océano cósmico en el que vivimos y respiramos.

INDICE

I	El simbolismo geométrico	9
II	El círculo	21
III	El triángulo	61
IV	El pentagrama	87
V	La pirámide	105
VI	La cruz	115
VII	La cuadratura del círculo	143

Del mismo autor :

Colección Izvor

INDICE

201 – HACIA UNA CIVILIZACIÓN SOLAR

I. El sol, Iniciador de la civilización – II. Surya-Yoga – III. La búsqueda del centro – IV. El sol que nos nutre – V. El plexo solar – El hombre a imagen del sol – VII. Los espíritus de las siete luces – El modelo solar – IX. La verdadera religión solar.

202 – EL HOMBRE A LA CONQUISTA DE SU DESTINO

I. La ley de causa y efecto – II. « Separarás lo sutil de lo denso » – III. Evolución y creación – IV. Justicia humana y justicia divina – V. La ley de analogía – VI. Leyes de la naturaleza y leyes morales – VII. La ley de grabación – VIII. La reencarnación.

203 – UNA EDUCACIÓN QUE COMIENZA ANTES DEL NACIMIENTO

I. Enseñar a los padres primero – II. Una educación que comienza antes del nacimiento – Un plan para el futuro de la humanidad – IV. ¡ Ocupaos de vuestros hijos ! – V. Una nueva comprensión del amor maternal – La palabra mágica – VII. No dejar nunca a un niño inactivo – VIII. Preparar a los niños para su futura vida de adultos – IX. Preservad en el niño el sentido de lo maravilloso – X. Un amor sin debilidad – XI. Educación e instrucción.

204 – EL YOGA DE LA NUTRICIÓN

I. Alimentarse, un acto que concierne a la totalidad del ser – II. Hrani-yoga – III. El alimento, una carta de amor del Creador – IV. La elección del alimento – V. El vegetarianismo – VI. La moral de la nutrición – VII. El ayuno - El ayuno, un método de purificación - Ayunar, otra manera de alimentarse – VIII. Sobre la comunión – IX. El sentido